



Jaime Eyzaguirre
HISPANOAMERICA
DEL DOLOR

EDITORIAL UNIVERSITARIA

© Editorial Universitaria, S. A.
Inscripción N° 35.793

Texto compuesto con
Photon Baskerville 10/12
y títulos en *Photon Baskerville* 18 y 24

Se terminó de imprimir en los
talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.
San Francisco 454, Santiago de Chile,
en el mes de enero de 1969.

Proyectó la edición *Mauricio Amster*.
Cubierta de *Susana Wald*.

HISPANOAMÉRICA DEL DOLOR
es el volumen N° 6
de la colección
IMAGEN DE AMERICA LATINA

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

JAIME EYZAGUIRRE

HISPANOAMERICA DEL DOLOR

*Jaime, a ti que también
conociste su dolor y
supiste recoger su testimonio
Adriana*



EDITORIAL UNIVERSITARIA, S.A.

INDICE

Nota preliminar

) 9 (

Finis Terrae

) 11 (

Por la fidelidad a la esperanza

) 15 (

Hispanoamérica del dolor

) 25 (

Mirada hacia Bello

) 55 (

Don Alonso de Ercilla, caballero del amor y del desengaño

) 67 (

Parábola de don Quijote

) 87 (

Se llamaba Isabel

) 93 (

Nota preliminar

Se testamen

Se han reunido aquí páginas escritas en tiempos y ocasiones distintas, pero ligadas por un mismo fervor. El lector podrá descubrir en ellas repeticiones. Ya lo sabíamos, pero nada hemos hecho por eliminarlas. Al fin la reiteración es recurso de la pedagogía. Y ahora que algunas ideas yacen en la penumbra, ponerlas a la luz con insistencia es librarlas del definitivo olvido.

Nos duele Chile, la patria chica. Nos duele Hispanoamérica, la patria grande. Y callar parecería consentir en una muerte que rechazamos.

Desde nuestra voluntaria soledad y recogimiento enviamos esta palabra al que quiera recogerla. Puede que hoy sea desdeñada. Puede que mañana mueva a alguna voluntad. Cumplimos en todo caso, con nuestro pequeño deber.

Entregamos así con pasión amorosa el desnudo testimonio. Porque, como antaño se dijo para cosas más altas, "la fe es la sustancia de lo que se espera" (Hebr. xi, 1).

J.E.

Santiago de Chile, agosto de 1968.

Finis Terrae

LOS VIEJOS NAVEGANTES que hincharon las velas con el soplo de la esperanza, enfilaron las proas ansiosas de sus navios a los mares australes. Fue una visita de la curiosidad europea por los rincones inéditos del globo. Pero no un paso ocasional que replegara con desaliento al punto de partida el hilo de la aventura. Europa, al topar con el *Finis Terrae* de sus cartas de marear, quedó prendida en el encanto de la naturaleza virgen y se desposó con ella apasionadamente. Europa que era todo espíritu, toda armonía, se sorprendió de encontrar en la antípoda el reinado de la materia en libertad de elementos como en los primeros días de la creación. Y su tarea fue entonces introducirse en esa materia para ordenarla, domoñarla e infundirle el hálito de eternidad que era su salvación y destino.

Así pasó del caos a la historia *Finis Terrae*, el talón del globo. Así se abrió la flor de Chile, hecha de tempestades marinas y de nieves de cielo; de bravuras araucanas y heroismos españoles; de imposibles realidades terrenas y de indudables esperanzas divinas. El cruce entre la tierra bella y áspera y el alma de Europa produjo el milagro.

De entonces, no hay que prescindir del limo, ni desalojar el espíritu que dentro de él aletea rumoroso. Lo telúrico y lo

foráneo se han unido en estrecho maridaje. De un lado el aire, la luz, el agua, la piedra, sirven de ánfora y hasta de incitación creadora. Del otro, la inteligencia, el pensamiento, dan al cuerpo orden y sentido. Ignorar la materia o prescindir de la forma sustancial sería dar muerte al conjunto armonioso.

Chile, el *Finis Terrae*, la antípoda del mundo, no era más que un estático y contradictorio amasijo de elementos hasta que sobre él vino a soplar el espíritu. Y no un espíritu cualquiera, amarrado a la temporalidad de Occidente, sino el eterno y vivificante del cristianismo. Aquí, en este lugar de cita de todas las rutas, en este término de los andares humanos, se plantó también la palabra redentora, se habló asimismo a la criatura de su finalidad trascendente.

Este es el mensaje que sacó a la tierra austral de su inercia milenaria para meterla en el cauce acelerado de la cultura y que corrió al encuentro del desaliento del hombre ante el fatal morir de sus obras, para darle como destino, sin desgaste ni término, la posesión amorosa de Dios. Así es como *Finis Terrae* vino a la postre a ser, no sólo un hito geográfico, sino el nombre recordador de la caducidad inexorable de las cosas del mundo y de la afanosa búsqueda de una existencia mejor.

Por la fidelidad
a la esperanza

LOS ANIMALES transcurren guiados por el instinto y al parecer no dejan rastro espiritual. Al hombre, en cambio, lo mueven el entendimiento y la voluntad. Su tránsito por este mundo marca una huella. Sólo el hombre tiene herederos. Y porque los animales son apenas un instante fugaz e irracional dentro del existir, carecen de alma colectiva, de sentido y de esperanza en el suceder. El hombre ha recibido, en cambio, el privilegio de tener un destino, de prolongarse en el tiempo y más allá del tiempo; por eso a él le está reservado el honor de ser protagonista de la historia, de nacer en ella, recogiendo el pasado, y de transcurrir en ella, enriqueciéndola. Sólo el que se siente depositario de un mensaje escrito con la tinta de los siglos es capaz de marchar por ruta firme y con fe inquebrantable. Tiene por delante una misión para los vivos y por detrás el respaldo de los muertos.

La historia no es una mera contemplación sino un estímulo. Se la puede mirar, sin duda, como objeto de curiosidad científica; pero ella no alcanza todo su valor y eficacia mientras no se introyecta en lo hondo de la comunidad, mientras no se transforma en tradición. En ese instante, lo que la inteligencia ha percibido, se hace dinámica para la voluntad. La contemplación primera desemboca en vida fecunda y creadora. Un pueblo, una patria han encontrado así su razón de ser.

NO BASTA ni un territorio ni un puñado de seres humanos para constituir una nacionalidad. Entre la vida vegetativa y la vida histórica hay un abismo que sólo pueden saltar la fe y la esperanza en el propio destino. Para que nazca una patria es preciso que se dibuje el contorno de un estilo propio sobre la corporeidad de la tierra y la sustancia de las almas. Antes de eso sólo ha existido la oscura sombra del caos.

¿Qué hubo de común durante milenios desde las arenas del desierto atacameño hasta los helados linderos de la Antártida? Nada más que el deambular de grupos dispares en medio de una naturaleza sin unidad. Se necesitó la presencia de un pueblo superior y la mente de un caudillo de visión alta y voluntad templada, para que la geografía inerte se animara. Entró entonces la vida en la materia y lo disgregado comenzó a agruparse. Nació así Chile y se inició una historia. Y esta historia no transcurrió solitaria, sino intimamente ligada al destino de todos los pueblos de Occidente. España, hija de Roma y nieta de Grecia, fue el cordón umbilical que ató la patria en germen con la vieja Europa pletórica de cultura. Por esa vía llegó la lengua castellana que allá cantara las gestas medievales y que aquí se alzó atónita ante el plural heroísmo de la guerra de Arauco. Por el mismo conducto alcanzó a estas latitudes el derecho, para marcar las fronteras del orden y de la libertad, del poder y de la justicia. Por igual cauce advino el

cristianismo en afanoso anhelo de moderar las discrepancias, de sanar con el amor las heridas de la lucha armada, de hacer de poderosos y débiles seres iguales en esencia, emparejados por el implacable rasero de la muerte y el objetivo juicio de Dios.

Este fue el nacer de Chile, por obra y gracia de su madre España. Y también fue su transcurrir por cerca de tres siglos. Cuántos escollos debieron vencerse en esas centurias. Fue el golpe periódico y anonadador de los sismos: fue el asalto inmisericorde de los piratas a las costas abiertas. Debíó comenzarse una y mil veces a la luz de una esperanza nunca extinguida. El obstáculo, lejos de ser un motivo de desfallecimiento, llegó a transformarse en un estímulo. Ni una duda, ni un retroceso, ni un desaliento. Siete siglos habían luchado los distantes abuelos en la meseta castellana y en las tierras de Andalucía contra los moros. La dificultad había llegado a transformarse en compañera inseparable de la raza. Al hacerse ella chilena seguiría cargando con esa cruz, que es la impronta de los pueblos con historia.

LLEGO LA HORA de la adolescencia y vino a apuntar la querella de las generaciones. Por uno y otro lado la polémica se hizo ardorosa. Cayó la sangre y se abrió el abismo. Fue una pelea sin cuartel, al hispánico modo. El eslabón político quedó roto en el suelo y con él el nexo que unía a toda la gran familia americana. Ahora por las mentes galopó febril el ansia de negarlo todo, de aniquilar el alma y el nombre gentilicio. Los ojos se volvieron solícitos, huérfanos, mendicantes en busca de un nuevo destino. Allí estaba Francia para ofrecerlo. La palabra libertad adquiría en su idioma un valor de sacramento y no había voluntad juvenil capaz de esquivar sus encantos. Hasta sus playas llegaron las mentes mozas de Hispanoamérica a recibir el bautismo de la nueva cultura. ¿No creían

haber vegetado hasta la víspera en la oscuridad, en el abandono? ¿Y no estaba ahora abriéndose para ellas la aurora del espíritu? Atrás debía quedar la madre provecta, para dejar paso a la amada de irresistible lenguaje.

Un día la aventura empujó más allá de los Pirineos a un chileno inquieto e intuitivo, Vicente Pérez Rosales. Sentía y pensaba en francés, y de la tierra española no oyó desde niño sino vituperios. Había presenciado entonces las escenas duras de la guerra de la emancipación, la prisión del abuelo, su destierro a islas inhóspitas. Después la familia lo envió a París a hacerlo hombre. Era romper de lleno con el pasado y comenzar de nuevo, como toda su generación.

Pero el pasado le estaba aguardando en la Castilla ancha y pedregosa. Fue en la Armería Real. Ante su vista se encontraba una espada de empuñadura de oro en forma de cruz. ¿De quien pudo ser ese atributo que hermanaba la fe con la resolución? Se le dijo que de la Reina Isabel. Suplicó tener el arma en sus manos y ya cumplido este anhelo, la llevó a los labios con temblorosa devoción. Había encontrado la raíz de su patria, el punto de partida de su historia.

Por esos años, Chile ya no era, claro está, una provincia española. Su ruta política enfilaba por otros caminos que la Madre Patria, y las influencias telúricas habían introducido alteraciones en el molde primitivo. Sucesivos cambios, naturales unos, aguijoneados de manera artificial otros, habían ido moldeando la nacionalidad con nuevos contornos. Definitivamente ya no se era más español, pero si se seguía siendo hispano. Y no hispanista, que es actitud del extraño que admira desde fuera rasgos de la cultura ibérica. Ser hispano para el chileno es signo de filiación, no postura servil o imitativa. Y que se era hispano lo estaba diciendo la perduración de ciertos rasgos que habían constituido la personalidad de Pedro de Valdivia, el fundador de Chile: su amor a la tierra, su arrojada valentía, su sentido político, su estoicismo en el desastre, su indole dilapidadora y sensual. Y

en éstos y en otros detalles, el aire de familia se revelaba intacto, aunque las agudas aristas se habían ido ablandando, desde la mayor suavidad del lenguaje hasta las moderadas actitudes en la convivencia. De ahí que en pleno siglo xx el ingenio de Agustín de Foxá haya podido definir a Chile como una España atemperada por la corriente fría de Humboldt.

No era raro, pues, que Pérez Rosales, hace ya cien años, exclamase que al pisar tierra española le pareció haber llegado a Chile, y agregara que sólo de España, por donde pasó fugazmente, se había ausentado con verdadero sentimiento, y no de Francia, donde vivió hasta hartarse de ideas y de modas. Porque, al fin, no es lo mismo dejar la casa de la madre que la casa de la amiga.

Pero de la experiencia de ese viajero no participaron sus connacionales, que huyeron de la raíz con un desdén apoyado en la ignorancia. Además los hombres que por entonces tributaban oficialmente culto a la historia, si bien hicieron alarde de investigación en forma no superada en América, constreñidos por el dogma del progreso indefinido, miraron el pasado necesariamente como una época de oscuridad, cuando no de abyección. En el rosario monótono y nutrido de los hechos, la técnica mató al espíritu. Fue inútil que de allí brotara un enlace con la conciencia nacional. Si del pretérito se huía, en vez de heredarlo, ¿cómo podía su recuerdo engendrar emoción, gratitud, estímulo?

Y pese al culto de lo extraño y al desdén por lo propio, el río de la historia caminaba por el inconsciente colectivo hasta regar, más de una vez, el buen camino de la nacionalidad. Ya Andrés Bello, que no se mostró nunca reacio a los influjos foráneos bien dosificados, escribió por aquellos años estas palabras que recogen el juicio de su mente profunda: "Cada pueblo tiene su fisonomía, sus aptitudes, su modo de andar; cada pueblo está destinado a pasar con más o menos celeridad por ciertas fases sociales; y por grande y benéfica que sea la influencia de unos pueblos en otros, jamás será posible que

ninguno de ellos borre su tipo peculiar y adopte un tipo extranjero; y decimos más, ni sería conveniente, aunque fuese posible". Por eso Bello señaló la importancia de que el chileno estudiase su historia, no para idolatrar lo muerto, sino para buscar el yo colectivo, a fin de dar luz al presente y configurar con acierto el porvenir.

¿Cómo se puede decir algo verdadero, algo original, algo auténtico, si se es infiel a las propias esencias? El diagnóstico de las posibilidades de un pueblo brota del conocimiento de su vida. Ignorarla, cortar arbitrariamente el curso de su desarrollo, injertar en él de manera indiscriminada influjos exóticos, es poner en peligro su existencia. Si el abandono de la vocación personal conduce al irremisible fracaso, ¿qué puede esperarse sino esterilidad y anquilosis como fruto de los desvíos colectivos? Sólo cabe avanzar con paso firme por el camino de la tradición, porque ella es la conformidad de la existencia nacional con el ser nacional.

Tradición es transmisión y sólo se transmite lo perdurable, lo que supera a la fugaz circunstancia, lo que no es epidermis sino entraña, lo que no es detención sino dinamismo. Porque la tradición no es una nostalgia sino una esperanza.

NOTA DISTINTIVA primaria de nuestra tradición es el sentimiento de independencia y de libertad. El se reveló en los viejos Cabildos, herederos del espíritu foral castellano, que alzaron su voz contra los atropellos del poder civil y llegaron hasta deponer a los gobernantes despóticos. Ese mismo espíritu es el que ha acompañado a la república en todo su transcurso e impedido la entronización de las dictaduras y los regímenes opresivos de la dignidad humana. A tan sostenida postura debe Chile en buena parte su limpia ejecutoria cívica.

Junto a esta actitud de libertad ha caminado la arraigada convicción de que el orden jurídico y el respeto a la ley son el

cauce para lograr el adecuado desarrollo colectivo. Este apoyo en el derecho, no como una fórmula invariable, unívoca, sino como un principio eterno de justicia que debe adaptarse analógicamente a las necesidades de los tiempos, ha salvado a la patria de los saltos en el vacío y le ha asegurado una rara continuidad en América. La vigencia por casi un siglo de la Carta política de 1833 es una muestra elocuente de la citada actitud. El secreto de su larga duración estuvo en su falta de rigidez y en su facilidad para acomodarse a las nuevas modalidades de la vida nacional. Por eso Joaquín Tocornal, uno de sus artífices, la definió con acierto en sus primeros años como una Constitución "crecedora".

Corolario de todo lo anterior ha sido la apertura al diálogo. En Chile el respeto entre los discrepantes ha constituido la piedra angular de la convivencia pacífica. La persecución y la venganza políticas son raras en su historia, y los únicos dos asesinatos de hombres públicos, el de Manuel Rodríguez y el de Diego Portales, fueron urdidos o instigados por elementos foráneos.

Esta feliz conjunción del sentimiento de independencia, del culto al derecho y del respeto a la persona, ha permitido a la patria, sobre todo a lo largo del siglo XX, encarar hondas reformas políticas y sociales en un raro nivel de serenidad. Los esfuerzos del egoísmo por detener el curso de las legítimas transformaciones y los del odio por empujarlas por la pendiente de la violencia, se han estrellado frente a un muro inmovible. Se ha caminado más rápidamente de lo que creen los demagogos y de lo que desean los retrógrados; pero se ha caminado sin rupturas tajantes que introducen heridas incurables, y a la vez, apartando a tiempo lo accidental y transitorio, de aquello que debe perdurar como atributo indelegable de la personalidad nacional.

Esa nota de serenidad en los cambios políticos y sociales ha acompañado también a Chile en las tremendas horas de prueba a que suele someterla una naturaleza tan bella como

iracunda. Los sismos y maremotos que han ultrajado inmisericordes el rostro y el cuerpo de la patria, lejos de abatir a sus hijos les han servido de acicate. Comenzar siempre de nuevo ya es una ley de nuestra historia, dictada desde los albores de la colonización. Encarar el dolor, la dificultad, con ánimo entero y voluntad no doblegada es parte esencial de nuestra fisonomía.

Y porque el chileno parece sentirse más a sus anchas en el infortunio que en la prosperidad, pone acento, no en el recuerdo de sus triunfos sino en el de sus desastres. Con ser que Chile ha vencido en todas sus guerras, apenas trae a la memoria las victorias de Chacabuco, de Yungay, de Arica o de Angamos. Son, en cambio, los combates de Concepción y de Iquique, los que conmueven la fibra de las fuerzas armadas y de la nacionalidad. Allí se entregó la vida; allí primó el sacrificio total. Y es que el chileno, heredero inconsciente de los hombres de Numancia y de Zaragoza, considera el testimonio puro y desnudo del espíritu cosa más noble que el éxito temporal.

HE AQUÍ nuestra tradición, forjada en cuatro siglos de breve pero digna historia. He aquí los trazos del rostro espiritual de Chile, siempre joven, siempre dispuesto a perfeccionarse, pero también siempre amenazado de una peligrosa deformación.

Salvar nuestra individualidad para tener así algo auténtico y original que decir; defenderla de las mixtificaciones y de los venenos sutiles que a pretexto de justicia o de progreso se quieren introducir desde fuera, es tarea de hoy y de mañana. Hay que activar en el chileno la conciencia del vivir histórico para que se conserve puro y alerta en medio de las asechanzas destructoras. Hay que defender la herencia recibida, pero no guardarla como reliquia sino esgrimirla como arma de combate en la lucha por nuevas creaciones. El día en que

reconciliándonos con la sustancia del alma colectiva pidamos a ésta y no a las almas extrañas la respuesta a nuestras angustias; el día en que el pintor y el músico se comuniquen fervidos con el temblor del terreno y no sigan manoseando imágenes y voces gastadas por el aire; el día en que el novelista abandone por estéril la fórmula monocorde y dirigida del resentimiento de clases y descienda amoroso a sorprender el corazón mismo de nuestro pueblo; el día en que los grandes poetas, inconscientes anticipadores de un espléndido porvenir cultural, arrojen los pseudónimos cosmopolitas y extranjerizantes de Mistral y de Neruda, y exhiban sin rubor sus criollos y legítimos apelativos de Lucila Godoy y Neftali Reyes, ese día habremos conquistado un sitio auténtico y, por tal, respetable en el mundo de la cultura.

No es posible dar el salto firme sino apoyándonos en la hondura de nuestro ser. Porque sólo en la fidelidad se cuaja la esperanza.

Hispanoamérica del dolor

CUANDO las huestes de Valdivia, en un verano de la conquista, acamparon junto al lecho pedregoso y abierto del Mapocho, oyeron por primera vez un nombre que les salía al encuentro en la dulce lengua vernácula, como lema y síntesis de un porvenir agónico. Huelén era la palabra nueva y misteriosa con que señalaban un montículo de piedra ante el cual se partían reverentes las aguas del río. Y Huelén quiere decir dolor. Dolor, estremecimiento de la carne indígena triste. Dolor, destino incierto y jamás realizado en plenitud por el español.

En ese hito de piedras calcinadas por el fuego de un verano exuberante, en ese amasijo recio e inmovible, yermo y pálido, se estaba labrando el futuro de una raza síntesis. Los que pronunciaron la palabra y los que la oyeron, quedaron definitivamente sellados por la angustia común.

América bárbara y cristiana. América, la de los viejos adoradores del sol y de las culturas del oro y de la lana. América, la de la sangre noble de Castilla, de los firmes señores de la espada y de los siervos de la cruz. América una y doble, paradójica y armoniosa, tierra de batalla perpetua, de perderse y recobrase, de vivir eternamente muriendo. Esta es la América de la angustia, del agonizar sin límite, la América nuestra, india y española, que busca sin descanso su definición en lucha consigo y los demás.

“Se ha creado entre nosotros —escribió Dostoiewsky— un tipo superior de civilización desconocido en otras partes, que se encuentra en todo el universo: el hombre que sufre por el mundo”. Y Dostoiewsky, que pensaba en su patria rusa, estaba dando sin saberlo con el meollo de nuestro admirable destino histórico.

Porque hay dolor, de alumbramiento o agonía, desde que se conoce vida en la tierra de América. Dolor y sobrecogimiento en el azteca que aplaca las iras de sus ídolos bestiales con los sacrificios humanos; dolor y fatalismo en el quechua oprimido en las garras de un Estado que no admite el libre vuelo de las individualidades; dolor y abandono en el araucano, que no tiene un cielo de reposo y que se arrastra en la línea sin meta de la guerra y del pillaje, de la borrachera y de la magia.

Y también el español trae su angustia. Es la brega diaria del hombre cristiano que pugna por congraciarse el ideal con la realidad, el espíritu con la vida. El español no concluía en el tiempo. Sabía que compraba en esta vida las condiciones de otra sin límites y que en su actuación estaba suspendida una finalidad eterna. Este fue el dolor que se clavó en el pecho del español y que le persiguió sin descanso, como sabe perseguir la voz interior al hombre de conciencia. Ningún otro pueblo conquistador ha sentido esta angustia, porque sólo es privilegio de los que guardan la luz de la esperanza.

DE ESTE CHOQUE de razas inconexas, de angustias dispares, ha brotado el alma de la América hispana. Alma compleja y múltiple, rica como ninguna y apenas revelada aún en sus posibilidades. Porque en el continente virgen se vació todo lo español, con su valorización trascendente del hombre, con su sentido unitario de la especie humana, con su conciencia de finalidad. Y ya estaba aquí, por espacio de siglos, ese mirar pasmado al mundo físico que el español rehuía y que en cambio al indio tenía sobrecogido. El español que venía arrancando de un Renacimiento panteísta que disgregaba la Cristiandad, topó sin pensar en América con la materia. Aquí es donde ella se le revela en todo su vigor y poderío hasta robarle el cariño. La ama porque la encuentra inasible, porque está cargada de lenguajes cifrados que no se dejan coger por el filósofo pero que mueven al canto del poeta. Ahí está la pluma de ese soldado áspero y sufrido de Valdivia, volviéndose sensible y admirada ante la tierra de Chile, "que para poder vivir en ella y perpetuarse no la hay mejor en el mundo". Ahí Alonso de Ovalle, que olvidando su estirpe castellana, sólo reverente ante el tema del hombre, se embelesa frente al misterio del agua y palpa con delicia "su blandura y suavidad". Ahí, en fin, Manuel Lacunza, que reviviendo doctrinas ya en olvido, quiere ver realizando el reino de Cristo, no en un cielo empireo, con mengua y destrucción de la materia, sino en la propia tierra salida de la mano de Dios.

Y esta naturaleza que transporta y conmueve la sensibilidad del español no es un mundo de silencios y ausencias. "El pensamiento remoto de las naciones que en ella vivieron —dice Vasconcelos— flota en el viento, palpita en las selvas, fulgura en los ocasos magníficos del trópico, ocasos esplendentes de una rica y misteriosa eternidad. Por las razones de su mismo origen, el pensamiento de la América Latina no puede ser el mismo que el de la América del Norte. Allí la tarea consistió en ponerse a ligar la conciencia con la

naturaleza vacía; entre nosotros la conciencia se encuentra en un espacio lleno de presencias milenarias".

No le toca al español, como al inglés, sembrar sobre tierra baldía o desatar raíces incrustadas. Llegó en el ocaso de las espléndidas civilizaciones a inyectar savia nueva, a fundirse con ellas para labrar al unisono un futuro de posibilidades no previstas. El inglés quiso arar lo vernáculo y trasplantar su civilización con cautela para librarla de los contagios autóctonos. El español se volcó con pleno desinterés y generosidad, dando y recibiendo. Por eso lo que brota en Iberoamérica, ya no es la planta europea intacta, sino una tercera dimensión de sangre y cultura, enriquecida con aportes dispares, y orientada a nuevos y no soñados destinos. Un Garcilaso de la Vega Inca, en el Perú, y un Alba Ixtlixóchitl, en México, hablan del genio mestizo en buena lengua de Castilla; y en los templos de Puebla y Potosí, y en las tallas y lienzos de Quito y el Cuzco, por sobre el barroco de estirpe española, aflora la naturaleza exuberante de las razas indígenas, que dejan oír su palabra en el concierto espléndido de la creación artística.

Es verdad que Iberoamérica ya no es España, pero también es verdad que sin ésta, aquella no habría existido. ¿Qué vínculo ligaba a las tribus, qué solidaridad geográfica, aparte del nexo lugareño, se advertía en ellas antes que el español viniera a dárselas, fundiéndolas a todas en el común denominador católico y cultural? Por eso lo español no es sólo un elemento más en el conglomerado étnico. Es el factor decisivo, el único que supo atarlos a todos, el que logró armonizar las trescientas lenguas dispares de México y hacer de Chile, no ya el mero nombre de un valle, sino la denominación de una vasta y plena unidad territorial.

El español saltó por sobre las dificultades que le imponían las distancias geográficas, los particularismos de tribu y las adversidades raciales, para producir el milagro de la cohesión americana. Por eso lo que se haga por echar en olvido el nombre español en estas tierras y querer oponer a él una

revalorización hiperbólica de lo indígena, irá en derechura a atentar contra el nervio vital que ata a nuestros pueblos. Todo lo que las viejas civilizaciones pudieron tener de valedero en el momento de plena decadencia en que las sorprendió la conquista, fue guardado y defendido por los mismos españoles, que trajeron a tiempo el instrumento de la escritura, desconocido por los indígenas, para perpetuar la historia y tradiciones de los vencidos. Lo que los conquistadores destruyeron apenas es comparable con lo que transportaron de cultura, y nadie puede ahora sentir merecida nostalgia por los sacrificios humanos de los aztecas, la antropofagia de los caribes o la magia negra de los araucanos. Hay que cuidarse a tiempo de esta retrogradación absurda e imposible a un autoctonismo ya superado, que voces interesadas alientan desde fuera. Es la forma más sutil que se ha encontrado de barrer el espíritu en nuestros pueblos y echarlos desnudos a la nada para que allá los coja el primer imperialismo que pase.

Si el término Indoamérica sustituye el factor común cristiano y occidental de nuestra cultura por una deificación racista que se repliega ciegamente en los bajos estratos de la biología para rechazar todo contacto con el espíritu universal, la otra denominación de Latinoamérica, aunque más inofensiva y menos falsa, disfraza malamente el propósito de diluir el nombre español en una fórmula genérica que dará cabida preponderante a otras naciones, muy ilustres sin duda, pero que no estuvieron presentes en las etapas culminantes de la conquista y colonización. Cuando el indio americano, rescatado de la obscuridad de sus ídolos, conoció al Dios del amor y se dirigió a El con las voces tiernas y confiadas del Padrenuestro, no lo hizo en francés ni en italiano, sino en la viril lengua de Castilla. A España no se le puede disputar el derecho de unir su nombre al de una tierra a la que abrió las puertas del cielo, infundiendo en el alma triste de sus moradores la virtud para ellos desconocida de la esperanza.

Fue España la que echó en el Nuevo Mundo las bases de una nueva posibilidad cultural llamada a prolongar todo lo

grande y valioso de Occidente hacia metas más amplias y valederas. Y bajo su égida maternal alcanzaron a revelarse esos primeros vagidos de la intuición creadora americana que a través de la forma arquitectónica se derrama desde México hasta Córdoba, que está presente en el genio literario de Garcilaso y Ovalle, de Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz, la Décima Musa; en la emoción y movimiento de las tallas quiteñas del Padre Carlos y de Caspicara, y del pincel de José Juárez, Sebastián de Arteaga y los Echave, de Miguel de Santiago, de Pérez de Holguín y de Gorívar; y, en fin, en la divina heroicidad de Felipe de Jesús, de Rosa de Lima, de Martín de Porres y de la Azucena de Quito.

Admirable introito cultural, que por desgracia se vio luego estragado en su camino de seguras promesas. Porque una gangrena de quebranto interior vino a secar el alma y elevar el vuelo de su poder creador.

3

DESDE EL MOMENTO en que en una cultura de inspiración católica el gesto vital de la fe cumplida se transforma en una mueca rutinaria, ya están disueltas las esencias y lo que queda es sólo una técnica de impulsos mecánicos deshumanizados. Esto es lo que pasó en el gran imperio español, donde las fuertes disparidades y fisonomías lugareñas, detenidas en su impulso de dispersión por un ideal supremo, vieron poco a poco relajarse este vínculo de común superación. Esa lucha agónica por la coincidencia entre el espíritu y la vida, que persiguió sin descanso al español, acaba de resolver en un divorcio entre ambos, en una ruptura irremediable. El español, que no ha comprendido el Estado unitario y centralizador, que se ha refugiado contra él en las comunidades autónomas intermedias y que sólo puede aceptar a lo más una confederación de éstas con miras a una meta trascendente, ya no tuvo a dónde dirigir sus pasos asociados y se volvió entonces solo a la patria chica, a la comunidad primitiva. Desde el siglo

xvii, en que mueren el santo y el caballero andante y sobresale el pícaro como imagen de esta ruptura entre el ideal y la vida, hasta los albores del siglo xix en que Goya marca con sus "Caprichos" este cruel y amargo desaliento colectivo, la comunidad imperial va en progresivo desmoronamiento. Portugal será el primero en disgregarse y Cataluña también intentará hacerlo. Y la descomposición alcanzará su punto álgido en ese momento decisivo que la historia conoce con el nombre de independencia de América.

Cuando el monarca, símbolo exterior de la unidad, desaparece con la invasión napoleónica, las fuerzas de la dispersión regionalista representadas por los Cabildos, antes cohibidas y superadas, ven ahora rotas todas las trabas que detenían su poder. El sentido de cohesión universal desaparece para siempre y el particularismo se enraiza con tal violencia que ya no será posible recomponer en un todo los fragmentos del antiguo imperio español, día a día más divergentes.

Aquí es donde puede apreciarse con más fuerza el absurdo de los que pretenden colocar en el mismo plano el movimiento de emancipación de las colonias anglosajonas y el de las provincias hispanoamericanas. No hay afinidad ni en los antecedentes históricos ni en la postura vital de los héroes de ambas revoluciones. Es increíble hasta dónde en hechos y hombres de apariencia similares supo cada raza mantener su sello inconfundible y marcar el abismo de la diferenciación.

Mientras la independencia de Hispanoamérica fue ante todo la etapa culminante de un hondo proceso de disgregación cultural, alentado, eso sí, desde fuera por la obra de las potencias rivales de la metrópoli, la emancipación de las colonias inglesas brotó como el fruto maduro de un crecimiento robusto que las facultaba plenamente para autodirigirse.

Y es curioso advertir cómo en ambas pareció resucitar la idiosincrasia que cada pueblo reveló en la etapa primordial de la conquista. La quiebra de la comunidad iberoamericana, con ser paso de decadencia cultural, no dejó de revestir un

signo de grandeza similar al que había presidido el momento de su generación. Porque si hay una epopeya de la conquista, también hay una epopeya de la crisis libertadora. Y junto al esplendor magnífico y al valor sin tacha de un Cortés y de un Valdivia, de un Pizarro y un Alvarado, de un Quezada y un Mendoza, caben sin mengua de altura la intuición creadora de un Bolívar, el genio militar de un San Martín, la pureza de un Sucre y el heroísmo de un O'Higgins. La emancipación fue la crisis de una forma cultural determinada, pero nunca importó la muerte de las posibilidades de la raza. Se dirá que ella buscó soluciones por otros caminos, extraviados sin duda en muchos aspectos y hasta infieles a su destino histórico, pero no que hubiera cesado de latir su pulso vital. El primitivo ideal de cultura pareció tornarse ineficaz y por eso se buscó otro nuevo. Pudo escogerse erróneamente, pero no es posible negar la generosidad del impulso. Y en esta generosidad está precisamente el parentesco de la conquista y de la emancipación. La raza dio en ambos estadios de su historia un mismo testimonio de fervoroso idealismo. Y no es poco conservar idealismo en momentos de hondo desconcierto.

Muy otro es el camino seguido por las colonias inglesas. Aquí la emancipación no se hace porque se haya perdido la fe en un ideal, puesto que jamás se tuvo alguno. Es el frío realismo de las contabilidades puritanas el que aconseja excluir a Inglaterra de la explotación de las tierras que van del Atlántico a los Apalaches y reservar la renta exclusiva a sus moradores. La etapa de una conquista de puro tipo económico alcanza así su natural plenitud. En vano se buscarían aquí figuras caballerescas, enteramente de más en el campo de las operaciones financieras. Los esfuerzos que la historia oficial ha hecho más adelante para crearlas, resultan demasiado pueriles para tomarlos en cuenta. Es indudable que puesto en paralelo Bolívar y Washington, con criterio puritano, el último resulta en extremo favorecido, puesto que para él brilló el triunfo económico. Pero mirado desde el ángulo hispano-católico, la cosa tiene otra dimensión. Bolívar, aristócrata

pleno de generosidad, muere empobrecido en la persecución quijotesca de un ideal que huye de sus manos y ante el cual ha hecho derroche de genio y heroísmo. Washington, burgués ponderado y militar sin éxito, muere rebosante de dinero, gracias a sus diestras especulaciones de tierras y a su acertado matrimonio con una viuda rica. Entre uno y otro media la diferencia de un artista de la gloria y un "bussinessman".

Fruto natural de crecimiento y continuidad histórica, la independencia de la Nueva Inglaterra no podía producir relajación de vínculos entre las antiguas provincias sino, al contrario, un mayor impulso hacia la unidad. A la vieja diversificación colonial sucede la comunión federativa, que crea lazos estrechos entre los Estados, asociándolos a la magna tarea de un destino común. Aquí no hubo solución de continuidad y el talento de los estadistas ayudó a sedimentar la unión. Nadie pensó entonces en desdeñar la raíz originaria y en salirse del cauce propio para intentar imitaciones extrañas, sino en prolongar y robustecer la vieja línea histórica. Y no cabe duda que el porvenir se encargó de comprobar que la mira de los fundadores de los Estados Unidos fue certera al permanecer fieles a la tradición de su raza.

De nuestros pueblos hispanoamericanos no se puede decir otro tanto. La independencia acabó con la comunidad imperial y el impulso de disgregación se hizo cada vez más fuerte. No se contentaron sólo los antiguos dominios peninsulares con transformar en barreras nacionales los anteriores deslindes meramente administrativos, sino que llegaron a quebrar estos mismos en pedazos. La Capitanía General de Guatemala se segmentó en microscópicas repúblicas y el Virreinato del Plata sufrió la escisión del Paraguay y del Uruguay. Y como si esto no bastara, un vértigo federalista de simiesca importación anglosajona vino a precipitar al colmo la desintegración. "En los Estados Unidos —ha observado Carlos Pereyra— federar era unir, atar lo disperso, hacer de la primera Confederación, laxa, provincial y divergente, un conjunto nacional, mientras que

sus imitadores en la América del Sur entendían y entienden por federar todo lo contrario de lo que expresa la palabra, pues para ellos un sistema federal era, en la teoría, la separación sistemática de partes que habían estado ligadas bajo un poder central, y en los hechos, una disolución de la sociedad, reducida a focos locales de barbarie y de crimen".

"¡Unidad, unidad, unidad, debe ser nuestra divisa!", clamaba con desesperación Bolívar al dirigirse a los constituyentes de Angostura. Pero fue más fuerte el poder de la anarquía que la voz de la prudencia. Y los pueblos se perdieron en la brutalidad y el desenfreno.

Acaso sea mejor silenciar las desvergüenzas de nuestra pobre raza envilecida ya que sólo el piadoso olvido de una buena parte de su historia llamada libre permite mantener a las naciones de Iberoamérica el epíteto de pueblos cultos y dignos de hablar el noble idioma español, que es el lenguaje de la dignidad. Baste sólo decir que ya Bolívar alcanzó a comprender que su tarea había sido como arar en el mar. "Hemos destruido —afirmó— tres siglos de cultura y de industria". Y al resignar en 1830 el mando de Colombia, agregó con profundo desconsuelo: "Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido a costa de los demás".

La época española en sus días de oro se había esforzado en vivir un orden teológico perfecto. Y si la práctica no pudo realizar en su plenitud toda la bella doctrina, el esfuerzo alcanzado fue suficiente para dar a las clases un sentido armónico y a todo el cuerpo social una nitida finalidad. El rey, como vicario de Dios, según la profunda definición de Las Partidas, se sentía el padre de una inmensa familia a la que estaba gravemente obligado a nutrir, no sólo en sus necesidades del cuerpo, sino también del alma. "Mirad, decía Carlos V a los Obispos de Panamá y Cartagena, que os he echado aquellas ánimas a cuesta; parad mientes que deis cuenta de ellas a Dios y me descarguéis a mí". El rey sabía estar por encima de las clases y su continuada tarea de defensa

de los indígenas contra la explotación de la aristocracia colonial lo prueba de manera suficiente, aun en aquellos años en que las esencias del orden hispano se habían desvanecido y sólo quedaba el impulso rutinario de la costumbre. Ya lo dije antes: lo último en desaparecer fue el nexo externo del monarca y cuando esto ocurrió con la independencia, sobrevino la ruptura de las clases y el caos inevitable. En México la revolución se hizo por la indiada al grito de "¡Mueran los gachupines!", y en Venezuela la antigua nobleza fue pasada a cuchillo sin misericordia. Y donde esta aristocracia no fue perseguida, careció de altura moral y sólo fue capaz de exhibir una cadena de traiciones. Apenas Chile se escapa de esta regla general, no sin haber pagado un pequeño tributo al desorden antes de cimentar su régimen definitivo.

En Chile hay entonces una clase firme y sobria, educada en la austeridad y el esfuerzo, como la vieja nobleza de Castilla. Ella es capaz de imponer una vigorosa estructuración a la sociedad y salvarla de la anarquía. Pero el orden que así brota no es en manera alguna de raíz teológica, como en el viejo sistema desaparecido, sino de pura inspiración positiva. Ya no se trata de dar un impulso cristiano, caballeresco y misional a la vida, sino de asegurar el equilibrio de las cosas. No se busca un orden interno, sustancial, ontológico, sino un orden externo, legal, positivo. Si caben comparaciones podría decirse que la cultura virreinal, en su momento culminante, fue un nuevo "ordo amoris" a la manera medieval, mientras el régimen "pelucón" chileno fue un orden jurídico, a la antigua usanza de la Roma clásica. Esto fluye claramente del diverso concepto de la ley que tienen los códigos españoles y el chileno, pues mientras para los primeros lo que requiere la ley para ser tal es que envuelva un contenido de justicia, para el segundo nada interesa su valor intrínseco y sólo importa que cumpla ciertos requisitos externos, que se dicte "en la forma prescrita por la Constitución".

Despojada así de todo contenido ontológico, la ley, como "declaración de la voluntad soberana", se transforma

insensiblemente en la expresión de la exclusiva voluntad de la clase dominante. A la justicia objetiva ha sucedido una justicia subjetiva. El bien común ha cedido su lugar al bien particular de la aristocracia, que es legisladora y parte a la vez. Antes la monarquía española, para asegurar el cumplimiento de la justicia, había partido del reconocimiento de las diferenciaciones de clase, otorgando a las más débiles el apoyo que necesitaban. Ahora el orden republicano rehúsa aceptar esas diferenciaciones por antidemocráticas y suprime el régimen tutelar por denigrante. En su lugar se proclama una igualdad ante la ley más aparente que real, pues el débil, súbitamente asimilado al pleno ejercicio de los derechos, en la práctica no los puede hacer valer por su incapacidad y careciendo de la antigua protección se ve entregado sin defensa a la voluntad del más fuerte.

El orden "pelucón" chileno, con ser el más admirable esfuerzo de organización que presenta la América española en su primer siglo de independencia, estaba condenado a muerte por su rigidez aristocrática. Todo él convergía en torno a esta clase y carecía de la flexibilidad necesaria para permitir a los otros estratos sociales su legítima movilidad evolutiva. De ahí que cuando los tiempos comenzaron a tomar conciencia de sí mismos, la quiebra del régimen se hizo irremediable, pasando el poder a una clase media resentida y carente de toda tradición y experiencia para detentar con éxito el mando.

YA ES BASTANTE decir que la independencia de Hispanoamérica cortó los vínculos políticos de nuestros pueblos y los precipitó en la desintegración, cuando no en la lucha a muerte de unos contra otros. Pero hay todavía que agregar que a la desarticulación del cuerpo siguió el rechazo de la antigua alma colectiva y la búsqueda afanosa de la razón de vivir en fuentes exóticas. Con orgullo infantil el hispanoame-

ricano dio de espaldas a una historia que estimó en definitiva agotada y sin discernimiento no supo diferenciar lo que podía haber de circunstancial y pasajero, de aquello que era realmente eterno y vital en la propia cultura. El repudio lo cubrió todo, y después de arrojar desdeñoso un ropaje que había cubierto las carnes de América por espacio de tres siglos comunicándoles el calor cristiano, corrió con la vergüenza que produce la desnudez, tras otras galas que hubo de mendigar a las puertas de naciones de culturas, no sólo diversas, sino a menudo antagónicas a la suya. Estaba ebrio de libertad, pero en lugar de saciarse en la raíz de los viejos fueros y de los altivos Consejos castellanos, abolidos por el absolutismo, y que eran las más antiguas y grandes manifestaciones de libertad de Occidente, se echó en brazos franceses e ingleses, para calcar sobre estos modelos su vida política. Y mientras de un lado de los Andes un Sarmiento vomitaba denuestos contra la raza propia y soñaba con hacer de su patria argentina un simil de Yankilandia, de la otra vertiente cordillerana un Lastarria alentaba la misma apostasia y se entregaba a la adoración salvadora de los ejemplos de Francia.

No hay para qué ahondar en el recuerdo de la ridícula cuando no trágica parodia que de tan extraños modelos hicieron las naciones de Hispanoamérica. Pobres advenedizos sin pudor, han corrido a la zaga de todos los vencedores con las babas del adulo y las contorsiones simiescas de la imitación. Porque nuestra estúpida América de la apostasia vio en el federalismo yanki, el jacobinismo francés y el parlamentarismo británico, otros tantos talismanes que la sacarían sin esfuerzo de su notoria ruindad. Y apenas logró robar la burda costra exterior sin llegar al alma de esos pueblos que mientras tanto seguían fieles a su propia y legítima evolución.

En más de cien años de "vida libre", Iberoamérica no ha dicho al mundo una sola palabra que merezca recordarse. Su andar vegetativo y rastrero ha logrado concitarle sólo el

desprecio universal. Manos fuertes y ávidas han aprovechado su cuerpo cargado de impudicia, porque como una vil cortesana está pronta a entregarse en los brazos del primer triunfador. Inútil es que procure descargar sobre otros la culpa de sus extravíos, cuando el indiferentismo o la traición de sus hijos abre las puertas a la sórdida insolencia de los extraños. Nada sacamos con que se nos repita que entre 1901 y 1913 los Estados Unidos han efectuado veintisiete intervenciones armadas en la América española. Lo que conviene subrayar es que ni una nación del continente, fuera de la pequeña Guatemala, alzó su voz cuando México fue invadido y cercenado por su vecino poderoso. Y que este mismo pueblo, que ha negado el homenaje de gratitud de un monumento a Hernán Cortés, que trajo el cristianismo y la cultura a su territorio, no ha titubeado en prodigarlo en todas sus ciudades a Benito Juárez, que denunció como pirata a la armada de su patria para hacerla caer en manos de los yankis y confiscó los bienes de la Iglesia mexicana para repartirlos entre los pastores puritanos de Norteamérica. "¿Odio al yanki? —se pregunta Gabriela Mistral—. ¡No! Nos está arrollando por culpa nuestra, por nuestra languidez tórrida, por nuestro fatalismo indio. Nos está disgregando por obra de algunas de sus virtudes y de todos nuestros vicios raciales. ¿Por qué odiarle? Que odiamos lo que en nosotros nos hace vulnerables a su clavo de acero y de oro, a su voluntad y a su opulencia".

Esta es la triste cosecha de nuestra baja apostasia interior, de nuestro andar imitativo y de nuestras miras estrechas y celos fraticidas. Porque, ¿a qué está llamado a conducir este olvido del nexo originario sino a la disolución de nuestra estirpe cultural y racial hispanoamericana? Y sin embargo, no hay unidad mayor que la nuestra, y la vieja Europa, partida en mil fracciones, jamás, ni aún en los tiempos comunitarios del medievalismo, ha ostentado una mayor cohesión y una vida más estrecha que la de los pueblos que constituimos antaño el gran imperio español. No es sólo la

afinidad racial —y ya sería bastante— lo que viene a hermanarnos. Porque nuestra familia no es mera obra de la biología, como entre los pueblos sajones, de suyo inclinados a la soberbia materialista de la raza, sino el puro trasunto de un imperativo ontológico. Por sobre la sangre común poseemos, además y sobre todo, una auténtica y propia cultura, que no ha dicho aún su última palabra en la historia del mundo y que ostenta jerarquía moral suficiente para reclamar de los otros pueblos pleno y absoluto respeto para desenvolverse. En el momento caótico que vivimos, se fuerza por unos y por otros nuestra palabra, pero ya es tiempo que, librándonos de todos, la demos con acento propio e incontaminado. Hemos llegado a la hora más crítica de nuestro destino y está en nuestras manos el definirnos por la existencia o el irremediable desaparecimiento. ¿No es éste, en que los imperialismos extienden sus garras por el globo, el más angustioso y urgente momento de los pueblos hispanoamericanos y la última ocasión que se les brinda de salvar los restos de un patrimonio dilapidado, volviendo por la fidelidad a sus grandes y legítimas tradiciones?

Ya sé que al oír hablar de tradición muchos no verán más allá del culto estéril a una cosa irremediamente pasada y muerta. Pero tradición no es clavar el tiempo y rechazar su curso; no es hacer arqueología; no es repetir servilmente actitudes y modas definitivamente sobrepasadas. No es obrar en forma monocorde, ni vivir en un solo y determinado sentido. Tradición es hablar la propia voz, es marcar la vida con el sello vernáculo, es escribir las mil palabras con la pluma propia, firme e inconfundible. Tradición es algo que trasciende a la mutación incesante del tiempo, es vida, es germen activador, siempre fecundo, nunca agotado. Es tradición todo aquello que ha llegado a incorporarse a los pueblos como algo inherente a su propia persona, y de la cual no podrían ellos prescindir sin poner en peligro su existencia misma. Es tradición la columna vertebral que cohesionan este ejército en marcha que es la Patria o la comunidad cultural,

integrado por los seres hoy vivos, por los que ya son sombras venerables y pasadas, y por los que vendrán en el futuro esperado. Tradición es aquello que sin perder su inmutabilidad intrínseca presenta en el curso de la historia manifestaciones de diversidad analógica. Tradición es el motivo de su existencia, es la razón de ser, la voluntad de vida, en fin, la forma sustancial de un pueblo, como es su materia prima el medio geográfico, la raza y el idioma.

Los pueblos hispanoamericanos tenemos una tradición común, vale decir un patriotismo genérico, que nos cohesionan en la sustancia y nos orienta a altas finalidades simultáneas. Me parece que esa tradición puede reducirse a dos premisas universales que determinan claramente nuestra misión histórica: conciencia de la dignidad humana y conciencia de una ley moral que rige la vida internacional y asegura la existencia a las individualidades nacionales.

5

AL VER en el hombre la imagen y semejanza de Dios, la cultura hispana no pudo sino contraponer al individualismo la personalidad, hasta lograr esa exacta gradación de valores que el mundo extraviado busca vana y afanosamente entre el oscilar absurdo de totalitarismos y democracias jacobinas, y que en una fórmula clara supo entonces condensar el verso de Calderón:

*Al rey la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma sólo es de Dios.*

El individuo, como sujeto de intereses temporales, ha de estar sometido al Estado; mientras el Estado, a su vez, ha de

servir a lo racional, atributo específico de la persona y ésta, como encaminada a un fin trascendente, ha de ordenarse sólo a Dios.

He aquí la escala de ascensión que construyó el español para anudar el cielo y la tierra, y en que la meta divina de la persona no llega a ser suplantada por opresoras estatolatrias. Allí están los municipios, allí los fueros, para contener y moderar los instintos absolutistas y establecer un sabio y ordenado equilibrio de los derechos. Allí la literatura para afirmar a cada paso el valor interior del hombre y hacer del teatro de Lope un monólogo ininterrumpido del tema del honor que une a plebeyos y nobles, ya que en cuanto valor espiritual supera las divisiones temporarias de las clases, como lo advirtió Cervantes al decir que "la honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso". Allí, en fin, el arte pictórico en que la sustancia eterna del hombre rebasa las diferencias de oficios y condiciones. Porque lo que ante todo se advierte en esas imágenes del Greco y de Velázquez, de Murillo y Zurbarán, de Valdés Leal y Ribera, trátase de reyes o mendigos, de santos o bufones, es el sentimiento de dignidad y el común destino superador que todas ellas respiran por sobre superficiales oposiciones.

Y esta conciencia de la dignidad del hombre figura también en la partida bautismal de la América española. Isabel la Católica, la madre generosa del Nuevo Mundo, no descansó tranquila hasta no verla incorporada en la mente de sus sucesores. Las recomendaciones que hace en su testamento sobre el buen trato a los indios hablan del poder magnánimo de su corazón, que era el corazón de España. De esos pensamientos arrancó, como de firme raíz, toda la prolífica legislación de Indias, la más completa reglamentación del trabajo de Occidente no superada hasta la fecha por ningún pueblo conquistador de la tierra, en la que los dominadores se dieron a la tarea de realzar y proteger a los vencidos, comunicándoles las luces de la cultura europea y de la fe cristiana. Alcanzó esta conciencia de hermandad con el indio

al extremo paradójico de colocarlo en situación de privilegio sobre los mismos españoles. Una ley llegó a decir: "Que sean castigados con mayor rigor los españoles que injurien o maltraten a indios, que si los mismos delitos se cometieren contra españoles".

Ya me parece estar oyendo al viejo argumento de la ineficacia de esa legislación y de la crueldad con que, en cambio, trataron los españoles a los indígenas. Y vendrán para hacer fuerza con el viejo libro del Padre Las Casas, como si no estuviera probado que su noble celo le hizo ser más que hiperbólico y que aun así le oyó la corte española hasta llegar a prohibir la circulación en América de la obra de su contrincante Juan Ginés de Sepúlveda, partidario de la servidumbre natural de los indios. El hecho es que, mientras en los dominios de España son muchos los que como Las Casas, Vasco de Quiroga, Luis de Valdivia y Diego de Rosales, velan por la aplicación de la doctrina de la hermandad humana, en las colonias inglesas Samuel Sewald aboga como magistrado de la Corte Suprema de Massachusetts para que los indios sean tasados como ganado; el Reverendo Samuel Hopkins sostiene en nombre de Dios el aniquilamiento de los naturales y aplaude la cacería que de ellos hace Pophan con ayuda de perros; y Cotton Mather confía en que "el demonio habrá de exterminar esa mesnada de salvajes para que el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo no sea vilipendiado por ellos". El historiador norteamericano Lewis Hanke, que señala estos hechos, no olvida agregar que aún el dicho de John Elliot, raro benefactor de los indios, de que "vender almas por dinero es un peligroso negocio", resulta apenas "un débil balido de oveja ante el rugido de Las Casas".

¿Por qué los que protestan por el régimen de encomiendas, se guardan de agregar que aún en el peor de sus días fue cien veces más benigno que la esclavitud suprimida por España entre quechuas y aztecas, y que en ese mismo tiempo el indio encomendado tuvo más derechos que los siervos de los países

de Europa, como lo reconoció el sabio Humboldt al visitar México poco antes de la emancipación? ¿Por qué no se recuerdan las pruebas de cariño que a menudo dieron los propios sometidos a sus conquistadores benignos, como aquel triunfal recibimiento que espontáneamente y aun desobedeciendo a las autoridades españolas, hicieron los indios de México a Hernán Cortés, cuando éste regresó a la tierra como un simple particular; como esas expresiones de alegría de los indios de Jauja por el buen tratamiento de que eran objeto y que el cronista Cieza de León recogió de sus labios; o como aquella explosión de lágrimas y dolor de los indios del Cuzco por la muerte del Adelantado Diego de Almagro, y ese gesto precioso de una liberta de fundar con su peculio una capellanía por el alma de su bienhechor?

Yo sé que hubo conquistadores y encomenderos que a pesar de la ley benigna y de la vigilancia de los gobernantes y de la Iglesia, cometieron abusos. Pero yo me pregunto si hay sensato que pueda imaginarse un tratamiento comparativamente mejor para los naturales de las colonias inglesas en que la protección legal no existió y en que la cacería del indio era un deporte de gentleman flemáticamente aprobado por las autoridades y bendecido por los pastores puritanos. Por eso me parece corto todavía el elogio del Profesor Gaylor Bourne, de la Universidad de Yale, cuando dice de la legislación española en Indias que ella "encierra un valor mucho más grande que todo lo que se ha hecho en las colonias inglesas o francesas en el mismo orden".

Yo quisiera encontrar en la historia colonizadora británica el caso de un Rey como Felipe II que en 1581 se quejó al Consejo de Indias por haber en América personas faltas de conciencia que "piensan que sólo consiste el servicio de Su Majestad en allegar mucho dinero"; y en la historia de la Nueva Inglaterra casos como el del Oidor Egas Venegas, que en una visita en 1571 a la Imperial y Valdivia, obligó a los encomenderos a restituir a los indios la inmensa suma de ciento cincuenta mil pesos de entonces; casos como el del

Obispo de Santiago, fray Diego de Medellín, que privó por esos años de auxilios religiosos a los encomenderos que previamente no se comprometieran por escrito a pedir una legislación favorecedora de los indios; casos como el de Hernán Cortés que en su testamento ordenó averiguar si algunas de las tierras de su pertenencia habían sido de indígenas para devolverlas, si así ocurría, a sus propietarios; casos como el del cuarto Gobernador de Chile, Pedro de Villagra, que instituyó herederos a los indios de su encomienda de Parinacochas; casos como los de los Gobernadores García Hurtado de Mendoza y Martín Ruiz de Gamboa que en sus disposiciones testamentarias extendidas en España consignaron legados para reparar las injusticias que hubieran podido cometer en la guerra de Chile; en fin, casos como los que nombra Bernal Díaz del Castillo en su preciosa crónica de la conquista de México, de encomenderos enriquecidos que en vida reparten su fortuna, devuelven la libertad a los indios y acaban sus últimos años en la pobreza y el ascetismo.

No pretendo desconocer que otros pueblos fuera del español posean sentido de justicia, pero si creo que este concepto lo tienen basado sobre fundamentos muy distintos. La justicia del español gira en torno a la salvaguardia de la fe; es una justicia que descansa en el derecho a la salvación eterna que tienen todos los mortales y que por eso los hace específicamente iguales; es una justicia de movimiento ascensional, místico, trascendente. Por eso sus arquetipos son el caballero andante, el misionero, el santo. En cambio, la justicia de los pueblos sajones se mueve en torno a la utilidad, como claramente lo han expresado sus filósofos Jeremías Benthan y Stuart Mill. El arquetipo no es aquí el caballero, el santo o el misionero, sino el hombre de negocios, el banquero, el industrial afortunado. Y esta diferencia tiene su raíz originaria en la gran revolución religiosa del Renacimiento. El hombre protestante, al desconocer el libre albedrío y encadenar su existencia al irreversible mandato de un

determinismo fatalista, ha buscado ansioso, en medio de la pavorosa noche de su incertidumbre, un signo que le permita adivinar la línea de su destino. Y el secreto de la voluntad divina lo ha visto él reflejado en el mayor o menor éxito que acompaña el curso de su vida. Si la fortuna le sonríe es señal evidente de que Dios le cuenta entre sus escogidos y, en cambio, si sólo cosecha fracasos y miseria, es indudable que el Altísimo le tiene ya condenado desde la eternidad. De ahí que como observa el profesor de la Universidad de Londres, R. H. Tawney, en su obra "Religion and the rise of Capitalism" "el puritano inglés del siglo xvii ve en la pobreza de aquellos que van cayendo en el camino, no un infortunio que debe compadecerse y ayudarse, sino una falla moral, que debe ser condenada; y en la riqueza, no cosa merecedora de recelo, sino las bendiciones que premian el triunfo de la energía y de la voluntad. Templado por el examen, la disciplina y el control de sus propios actos, es el puritano el asceta práctico cuyas victorias no se ganan en el claustro sino en el campo de batalla, en la casa de préstamos y en el mercado".

Me parece innecesario detenerme por más tiempo en el análisis comparativo de las ventajas o inconvenientes que presentan los tipos de justicia hispano o sajón, católico o puritano. Basta por ahora consignar lo irreductible de ambos conceptos, que aún un fundador de la independencia americana como Simón Bolívar llegó a comprender al rechazar en el Congreso de Angostura, en 1819, el trasplante absurdo de instituciones sajonas que repugnan a la mentalidad de Hispano-América, y al aconsejar a los legisladores el estudio de la propia idiosincrasia. "Este es el código —les dice— que debemos consultar y no el de Washington".

Tenemos, pues, los hispanoamericanos una línea tradicional de justicia, propia e inconfundible, que no podemos torcer sin una claudicación suicida. Nuestro concepto de la dignidad del hombre más que nunca hoy es valedero y son millones los seres que en el ámbito geográfico de nuestra

comunidad cultural están reclamando su aplicación. Trabajadores de los cafetales y cauchales, trabajadores de las minas del estaño y del cobre, trabajadores de los pozos petroleros y de la industria agraria, invocan su calidad de hombres y exigen su rehabilitación espiritual y material. Urge volver por nuestra justicia de cepa cristiana y someter a los bienes que se han alzado tiranizando o enloqueciendo a los hombres. Porque como dice León Felipe:

*Hay que salvar al rico, hay que salvarle de la
dictadura de su riqueza,
porque debajo de su riqueza hay un hombre que
tiene que entrar en el reino de los cielos,
en el reino de los héroes.
Pero también hay que salvar al pobre
porque debajo de la tiranía de su pobreza hay otro
hombre que ha nacido para héroe también.
Hay que salvar al rico y al pobre.
Hay que matar al rico y al pobre para que nazca
el hombre.*

HE SEÑALADO antes como otro de los postulados genuinos de la tradición hispanoamericana, la conciencia de una comunidad internacional regida por una ley moral salvaguardadora de las individualidades nacionales. Este concepto de la justicia internacional figura también en la partida de bautismo de la América española y ha sido la mano de un religioso genial, Francisco de Vitoria, profesor de la Universidad de Salamanca, la que ha trazado esta línea imperecedera. Tan en lo hondo de la sangre lo traían los españoles a América que Toribio Esquivel Obregón ha llegado a probar en un bello trabajo que Hernán Cortés obró en la conquista de México como si hubiera conocido los postulados jurídicos del dominico

Vitoria, que se definieron algunos años más tarde. Y a esto cabe agregar que los reyes españoles mostraron tal reconocimiento de las soberanías indígenas que Felipe III compró por escritura pública a los deudos de Atahualpa y de Moctezuma sus presuntos derechos a los tronos del Perú y de México, otorgándose a los primeros el marquesado de Oropesa y a los otros una pensión que se pagó religiosamente hasta los días de la independencia. Inverosímiles resultarían estos escrúpulos en un pueblo conquistador que no fuera el hispano, justiciero de suyo. De ahí que no se conozca otra cultura que como la nuestra haya visto su cuna mecida por estos dos conceptos de justicia, el de la justicia social del derecho del trabajo y el de la justicia internacional del derecho de gentes.

Derecho Internacional importa decir salvaguardia moral para que las naciones puedan desenvolver su existencia libre; importa no tolerar que su soberanía sufra menoscabo por atropellos injustos y arbitrarios; e importa desechar de plano todo intento de imperialismo usurpador y absorbente. Las repúblicas hispanoamericanas, triste es decirlo, no siempre han empleado entre ellas mismas estas normas sacrosantas de justicia internacional, definidas por su misma raza, y acaso como justa e inmanente sanción a su culpable apostasia han debido soportar la invasión que poderes implacables han hecho en el corazón de su soberanía y de su riqueza económica.

Pocos, poquísimos han logrado comprender que sólo una restauración de nuestros vínculos de hermandad es capaz de prevenirnos del atropello de los poderosos, y que mientras continuemos políticamente divididos y moralmente desvitalizados, estaremos ofreciendo a quienquiera nuestra servidumbre. Ya en la generación de los emancipadores, que tanto empeño puso en disolver la comunión políticocultural hispanoamericana, hubo voces que se alzaron en pro de la unidad y denunciaron peligros que el tiempo confirmaría. Pero entonces esas voces fueron ahogadas por la indiferencia,

cuando no por las susceptibilidades lugareñas o la ambición y recelo de los caudillos.

Portales fue acaso el único iberoamericano que en los días de Monroe intuyó el verdadero fondo de su doctrina de aparente protección continental; pero desligado como estaba entonces de toda influencia política, no tuvo más desahogo para sus ideas que la correspondencia epistolar. No logró más Joaquín Campino, primer plenipotenciario de Chile en los Estados Unidos, que clamó ante el gobierno de su patria por la necesidad de robustecer los vínculos entre las antiguas provincias del ya muerto imperio indiano y de preferir el comercio y la amistad de ellas a las de cualquier otro país, pues, decía, "los argumentos con filantropía que se nos hagan para considerar a todos los pueblos como una misma familia e iguales, no tienen más fundamento que el interés de los que nos los hacen, ni pueden producir otros resultados que convertir en extraños y aun en enemigos a los que nacimos y podemos continuar siendo hermanos". Y no vacilaba aun en agregar: "Quizás parecerá a algunos escandalosa y aun ridícula mi opinión de que Chile debe reservarse la facultad de conceder favores a todas las naciones de su idioma con las que antes de su independencia había compuesto una familia porque esto es querer también comprender a España y seguramente que tal es mi intención. Así se destruirían las animosidades que la guerra civil ha debido inevitablemente producir y podríamos tener en Europa un poder centinela, el más análogo a nosotros, interesado en nuestro favor después que reconozca nuestra independencia. Prescindiendo de toda consideración de cálculo e interés, ¿no sería noble y honroso para Chile, pendiente aún la contienda con la España, manifestar este sentimiento de generosidad y su resuelta disposición a considerar siempre como de su propia familia a su país fundador? No creo que el derecho a obrar así pueda disputársenos, pues la relación entre las Naciones son las mismas que entre las familias y no se pretenderá que debemos ser tan favorables a los extraños como a nuestros parientes".

¡Esto se escribía sólo a diez años de la batalla de Maipo que consumó la independencia de Chile!

Las advertencias del plenipotenciario Campino cayeron en el vacío y si el grandioso esfuerzo de Bolívar por agrupar a nuestras dispersas repúblicas tuvo en un principio cierto impulso, acabó en el mismo fracaso. Después del noble pero utópico Congreso de Panamá vino el más realista de Tacubaya en que la voluntad certera del mexicano Lucas Alamán logró concertar la Unión Aduanera Ibero-Americana. Pero su triunfo no fue definitivo. Hubo manos que se movieron en la penumbra para tornar ineficaz el acuerdo y lo lograron botando al gobierno que integraba Alamán. Eran los tentáculos de las logias anglosajonas introducidas por el agente norteamericano Poinset, que más adelante lograrían desmembrar de México la provincia de Texas y que con el apoyo de Juárez despojarían a la Iglesia nacional de sus bienes para entregarlos a los extranjeros pastores protestantes. La apostasia y la traición abrían de esta manera la puerta a los conquistadores.

Y así seguimos por la pendiente de la anarquía y la extranjerización, escupiendo el rostro de nuestra historia y adorando el pie de los que a trueque de salvarnos de la ignorancia nos penetraban para disolvernos y dominarnos. La nostalgia de la unidad cultural y política rara vez vuelve a aflorar. Tardará mucho tiempo hasta oírse el grito lírico de Rubén Darío que, frente a los zarpazos anglo-americanos reivindicó su estirpe de cachorro del león español.

7

HABLANDO DE "MARÍA", de Jorge Isaac, ha dicho con razón Ignacio Anzoátegui: "La maldición de América es su exuberancia, su facilidad para vivir, y su distancia de la muerte. América no ha tenido un aprendizaje de rudeza espiritual y se ha quedado en la curiosidad de los sentidos... El

) 50 (

sufrimiento no tuvo en América categoría espiritual: tuvo categoría sentimental. Los amantes sufrían aquí para que lo supieran las amadas, no para que lo supiera Dios. A ellas podía engañárselas y por eso falsificaron el sufrimiento e hicieron con él literatura. El sufrimiento ante Dios es otra cosa: es el sufrimiento del hombre, es decir, de la humanidad que hay en el hombre. Es el sufrimiento que limpia y no el sufrimiento que ensucia".

Anzoátegui ha dado luz en algo de mucha médula en nosotros. Porque Hispano-América ha nacido en la confluencia de la estática melancolía india y la angustia luchada del español, y de nuestro sino cultural que ha sido dolor apenas hemos comprendido cuánta dosis de redención podría venirnos. Acobardados por la magnitud de tal destino, hemos hecho leña de la cruz y entregándonos a una engañosa sensualidad. Y rehuir el fruto de la disciplina interior ha sido quedarnos vacíos e incapaces de coger más que la superficie de las cosas. Encandilados por los éxitos extraños, hemos querido apropiarnos de inmediato, sin sacrificio y esfuerzo, sus fórmulas salvadoras. Pero cada vez que corrimos tras éstas, el regreso nos halló con desaliento en el alma. Lo que bien cuajaba en Francia, Inglaterra o Alemania, luego de ser replantado a nuestro suelo se hacía grotesca quimera. Y es que el iberoamericano se pierde fácilmente por la ilusión de los ojos y no se resigna a verse salvo por la ciega fidelidad al dolor.

Del viejo hidalgo español, austero y digno, sobrio en el triunfo y estoico en la derrota, ya no aparecen rastros. Vendimos la esencia por la apariencia y huyendo del sacrificio adulamos de hinojos al triunfador que nos traía la cadena oculta entre lo muelle. Para nosotros van quedando escritas las palabras de Don Quijote a su escudero: "Bien parece, Sancho, que eres villano y de aquellos que dicen: ¡viva quien vence!"

Enceguecidos por el falso brillo de las palabras hemos hablado cien años de libertad y cien años la hemos enterrado

) 51 (

políticamente con nuestra hilera vergonzosa de tiranías. Creíamos que en fuerza de repetir a destajo la palabra milagrosa, nuestros pecados se perdonarían sin penitencia. Y en medio del espejismo no alcanzamos a advertir lo que estábamos haciendo con la verdadera y grande libertad del hombre interior.

Ahora Ibero-América no se pertenece a si misma. Voluntades mercenarias se han interpuesto en su propio camino y la han ido engañosamente amordazando. Otras manos que las suyas son las que recogen las riquezas de sus entrañas y orientan el cauce de su actividad, como otra lengua que la propia es la que se habla por la boca inerte y vencida de sus pseudoestadistas. Y sin embargo Ibero-América tiene derecho a vivir su propia existencia y un temblor de voluntad rehabilitado, aún débil, pero certero comienza a inquietar su cuerpo. Ya despunta un instinto de revalorización del patrimonio cultural, instinto que está llamado a abrir las puertas a la verdadera independencia.

A Ibero-América le llega la hora de desprenderse de lazos extraños y recobrar su voz interrumpida, el momento de fundir en libre síntesis todo su dispar patrimonio para revelar al fin su palabra propia y llena.

Hay que salvar el alma, pero hay que redimir también el cuerpo de América. Hay que enseñorearse de la naturaleza, que sólo han tocado de lejos los poetas, y que hoy nos aplasta con su inmensidad vencida. Hay que reconquistarla para nosotros, reducirla y avasallarla con el juego de la técnica. Hay que hacer de esa naturaleza que hoy nos encadena, la fuente precisa de nuestra recobración.

Ya se agolpa el instante de la definición o de la muerte. Y no aflorará sin agonía la manifestación vital de una raza que lleva la angustia incrustada en los tuétanos. ¡Cuántos impulsos fallidos, cuántos ataques arteros, cuántas defecciones habrá aún que soportar en la brega larga y dramática! Pero yo guardo confianza en estas horas de desgarramientos y de amenazas sucesivas. Yo creo todavía en el destino propio de mi

América Hispana. Y no rehúyo el dolor, ni quisiera la afrenta que nos pueden sobrevenir y ya nos sobrevienen. Porque para nosotros se ha escrito un porvenir abierto.

*Se nos debe en justicia
la luz por el dolor
Y el dolor se hará estrella...*

Mirada hacia Bello

En la hora de decisión

APENAS había corrido una década desde que Chile lograra su independencia y el país seguía buscando en la oscuridad la ruta de su organización definitiva. No sólo la inexperiencia política y el caos económico ponían obstáculos en el hallazgo de la solución. Era también y particularmente el afán sudamericano de creer en el poder curativo de las fórmulas foráneas. El complejo de inferioridad y la adoración a lo nuevo y extraño ayudaban como nada a mantener el desorden y el desconcierto. El año 1829 alcanzó éste su ápice y la crisis tuvo una aceleración dramática. Fue precisamente en esas horas de decisión cuando el caraqueño Andrés Bello desembarcó en Valparaíso. Con velocidad iban a desenvolverse ante su vista los acontecimientos: la renuncia del Presidente Francisco Antonio Pinto, sin energías para afrontar las circunstancias y asqueado del fraude generador del Congreso donde imperaban sus partidarios; el alzamiento del ejército del sur y de los opositores de Santiago; la derrota en la batalla de Lircay de las últimas ilusiones del grupo romántico de los "pipiolos" que dominaba hasta entonces; en fin, la elevación de Diego Portales como Ministro omnipotente y constructor enérgico y audaz de un nuevo orden político.

Caracas y su hijo

TENÍA BELLO a la sazón 48 años de edad y su nacimiento y juventud habían ocurrido en la capital de Venezuela en tiempos de un suave florecer cultural. Nadie pudo prever entonces la ola de brutalidad y de sucesivas tiranías que por más de un siglo se encargarían allí de extirpar el espíritu. El clima era propicio al desarrollo de la inteligencia y al estímulo de las grandes vocaciones. No por un azar nacieron en Caracas Miranda, Bolívar, Sucre y Bello, llamados a tener un destino internacional. Los contactos vivos que entre la metrópoli y Venezuela generara la Compañía de Guipúzcoa, con los que el vasco Ramón de Bastera ha llamado certeramente "los navíos de la ilustración", produjeron un fuerte acicate en la incipiente cultura lugareña. Caracas se transforma en un semillero de inquietudes al tono de la Europa de entonces. Caminan de mano en mano los últimos libros y las recientes partituras; brotan los compositores musicales y se anima en las orquestas y academias el fervor de los melómanos; y en los salones a la usanza francesa, se comentan los grandes autores y se recitan poemas.

Bello, hijo de un compositor de música, se deja envolver por esa corta primavera del espíritu. Con vocación precoz

devora los clásicos españoles que conoce con esfuerzo y dificultad por su estrechez de fortuna. Estudia latín, derecho, francés e inglés; traduce a Virgilio y lee poesías en las tertulias literarias. Es éste un tiempo delicioso que deja una huella imborrable en su alma. Apenas llegado a Chile en 1829 va a confesar, en una misiva, que echaba aquí de menos "algo de la civilización intelectual de Caracas en la época dichosa que precedió a la revolución". Y es que ésta advino en 1810 para lanzar la existencia por un atajo duro e inmisericorde.

Luces y nieblas de Londres

LA CONMOCIÓN política arrancó para siempre a Bello de su tierra natal y lo condujo a Londres en una comisión diplomática. Desde allí contempló el giro versátil de la revolución. Y cuando los acontecimientos desembocaron en un colapso del ideal separatista, Bello quedó en la capital inglesa abandonado y sin recursos. Por diecinueve años su naturaleza se columpiaría entre los goces de la inteligencia y los dolores del alma. Londres iba a ser para él el huerto de la agonía, preludio de la resurrección del hombre interior.

En la biblioteca que allí había juntado Miranda y mucho más en los ricos depósitos bibliográficos del Museo Británico, abrevó en largas vigiliassus ansias de saber. La lectura ordenada, fervorosa, le fue abriendo inesperados horizontes. Fue decisiva su inmersión en la filosofía, el derecho romano, el derecho internacional, la literatura española, la lengua griega, la Biblia.

Y del brazo de estos goces caminan la pobreza y el dolor. Ve morir a su primera esposa inglesa Mary Ann Boyland y a uno de sus tres hijos. Y entonces recuerda la visión extraña que tuvo un día en Caracas. Fue en el dormitorio de su madre, solo, frente a un Cristo, donde él oyó a la imagen anunciarle triunfos y glorias en su vida, mezclados con el terrible sufrimiento de ver morir a los seres que engendrara. La

profecía apenas estaba insinuando su realidad. Su plenitud iba a sentirla en toda su grandeza y anonadamiento en Chile.

La urgencia de subsistir lo transforma en secretario de la Legación chilena en Londres. Primero trabajará a las órdenes del brillante e inescrupuloso Antonio José de Irisarri; luego bajo la de su sucesor, el prolijo y estudioso jurista Mariano Egaña. Sus contactos con el último serán en un principio reticentes y nimbados de desconfianza. Pero luego se generará en ambos espíritus una corriente de amistad que desembocará en un afecto profundo. Bello, que había gestionado en vano de Bolívar la posibilidad de regresar en una condición estable a su patria, acabará por aceptar el ofrecimiento que por iniciativa de Egaña le hace el gobierno de Chile de pasar a servir en su administración. Así iba a perder Venezuela un ingenio preclaro. Pero el hijo conservaría siempre en la distancia y en los años una fidelidad insobornable hacia la madre indiferente.

En la nueva patria

LOS CONTACTOS del peregrino de Caracas con el agónico y fugaz régimen "pipiolo" del Presidente Pinto resultan escasos. Al llegar a Chile se le nombra oficial mayor auxiliar del Ministerio de Hacienda. Pero esta colocación de circunstancia va a ser alterada por el triunfo conservador que le pone, sin pensarlo, en el grupo de los forjadores del nuevo orden. Su amistad con Egaña y con el omnipotente e intuitivo Ministro Portales, lo hacen el consejero decisivo del gobierno. Hay entre unos y otros coincidencias básicas: el desengaño por la aplicación prematura e incondicional de las fórmulas democráticas, que habían arrastrado a la anarquía a los pueblos americanos. Ya en 1826 Bello había escrito desde Londres a Bolívar felicitándolo por haber reasumido el poder y "por haberse expresado a favor de un sistema que combina la libertad individual con el orden público, mejor que cuantos se han imaginado hasta ahora". Y le agregaba, frente a las

dificultades políticas de Colombia, que lo más urgente era "un gobierno sólido y fuerte". Apenas desembarcado en Chile y en presencia de la crisis dominante, se desahogó en una misiva a José Fernández Madrid, Ministro de aquel país en Londres, con estas palabras: "Por fortuna las instituciones democráticas han perdido aquí lo mismo que en todas partes su pernicioso prestigio; y los que abogan por ellas lo hacen más bien porque no saben con qué reemplazarlas, que obedecen a un planteamiento teórico, de ideólogo, sino al resultado de la observación de la realidad y a la cosecha dramática de la experiencia. Bello ni es un doctrinario de la política, ni desea verse confundido en el piélagos sinuoso de sus profesionales. En este campo es ocasionalmente consejero, pero jamás hombre de acción

Porque se aprecia el bagaje de su cultura y asimismo porque coincide en los fundamentos del nuevo orden que va estabilizando la vida nacional, el gobierno y la sociedad de Chile entregan a Bello cada vez más responsabilidades. Rige entre 1830 y 1831 el Colegio de Santiago; sirve el cargo de Oficial mayor del Ministerio de Relaciones Exteriores desde 1834 a 1852; es redactor del diario oficial *El Araucano* desde 1830 a 1852; por veintisiete años, a partir de 1837, ocupa un sitio en el Senado; y desde 1843 hasta su muerte ocurrida en 1865 es Rector de la Universidad de Chile. Su magisterio en el campo de las ideas, de la enseñanza, de la política internacional es por largo tiempo incontrastable. El, pobre y forastero, se ha impuesto por el poder avasallador de la inteligencia y de la sabiduría. El honor y la gloria le acompañan; pero también la cruz que cine con el sufrimiento los desbordes del orgullo. Las palabras del Cristo de Caracas se van cumpliendo paso a paso. Entremezclados con los triunfos vienen la muerte de su segunda mujer y la sucesiva de la mayor parte de sus hijos. Mientras él avanzaba en la edad, se apagan a su lado en plena juventud los herederos de su nombre.

La forja de hombres

BELLO era por esencia un maestro. Lo había sido ya en su juventud en Caracas al dar unas lecciones al futuro Libertador Bolívar. Lo fue apenas llegado a Chile en el Colegio de Santiago, de corta vida. Pero, por sobre todo, lo siguió siendo en su hogar donde acudían a seguir sus lecciones selectas inteligencias juveniles. Su magisterio cubrió materias variadas: el derecho natural, el derecho romano y el derecho internacional; la filosofía, el latín, la gramática y la literatura. Con sagacidad pedagógica, aliada de modestia, agrupaba a los alumnos en su biblioteca y allí iba poniendo en sus manos los textos selectos, incitando a las mentes a dialogar con ellos. Con leves toques de orientador, empujaba a los jóvenes a buscar por sí mismos la verdad y el saber. El, sin impaciencias, egoísmos y ambiciones, se quedaba atrás, contemplando el nacer espontáneo de las vocaciones, el suave germinar de las semillas. Por ese respeto que guardó frente a la personalidad de cada alumno, fue posible que a lo largo del tiempo le recordaran con honda gratitud hombres de corrientes distintas y antagónicas como el liberal Miguel Luis Amunátegui, el conservador Manuel Antonio Tocornal y el radical Manuel Antonio Matta. Como verdadero maestro supo dar y no pedir.

(Lo dice porque así lo comprendió y practico siempre)

La cultura difundida

COROLARIO de su acción docente fue su tarea de tratadista. En un país desvalido de producción intelectual, urgió la preparación de textos que ayudaran a la enseñanza. Aquí una vez más la modestia y honradez le acompañan. No pretende hacer alarde de originalidad y sí sólo escoger y ordenar lo que le proporcionen las mejores fuentes. Por eso en 1843 publica sin firma unas *Instituciones de Derecho Romano*, en que adapta la traducción española de una obra de Heineccius.

Once años antes había dado a luz, con sus simples iniciales, unos *Principios del Derecho de gentes*.

En un programa que propuso para mejorar la enseñanza chilena, Bello insistió en la utilidad del estudio del Derecho Romano, porque a su juicio era el comentario más claro del derecho español que regía en Chile, concretamente en Las Partidas. "Los que lo miran como una legislación extranjera —comentaba en *El Araucano*— son extranjeros ellos mismos de la nuestra". Aun después de dictado el Código Civil, insistió en 1859 que Francia seguía manteniendo su enseñanza después de la promulgación del Código de Napoleón. A él le pareció una doctrina iluminadora del camino a la codificación y de la ruta interpretativa de los Códigos ya en vigencia.

En cuanto a sus estudios del Derecho Internacional, los fundó principalmente en el tratadista Vattel. De seguro la experiencia diplomática y las lecturas de Londres fueron decisivas para su formación en esta disciplina y la génesis del libro que publicó apenas tres años de llegado a Chile. Tuvo la obra sucesivas ediciones ampliadas en 1844 y 1864 y su título se cambió por el de *Principios de Derecho Internacional*. Fue reimpresa también en Caracas, Bogotá y Lima, y adquirió así una proyección americana.

Sus aportes más originales están en los temas relativos al comercio y a los problemas derivados de la guerra. Fue notorio que Bello se adelantó en varios lustros a la declaración del Congreso de París de 1856 sobre abolición del corso y protección de la mercadería enemiga por el pabellón neutral, al negociar como Plenipotenciario de Chile el Tratado de amistad, comercio y navegación con el Perú en 1835.

También se mostró inclinado a reservar a los países hispanoamericanos tratamientos preferenciales en materia de comercio y lo sostuvo con porfía al negociar en nombre de Chile en 1832 el Tratado de comercio con los Estados Unidos, pese a la resistencia de los últimos. Pero esta política, llamada a crear un frente económico de los pueblos de origen común,

no encontró la esperada reciprocidad de parte de estos últimos y Chile debió abandonarla. Bello aludió al hecho en un artículo de *El Araucano* en 1845: "Podemos decir sin temor de contradicción —dijo entonces— que ninguno de los Gobiernos de América abriga sentimientos más eminentemente americanos que el nuestro; y que cuando él adoptó como base de sus ordenanzas comerciales la igualdad absoluta para todas las naciones extranjeras del antiguo y del nuevo hemisferio, fue después de haber perdido toda esperanza de que su política anterior fuese imitada y correspondida".

En la perspectiva del tiempo la obra de Bello como tratadista de Derecho internacional ha sido justipreciada aun por hombres de otras lenguas y tradiciones. Cuando el eminente internacionalista norteamericano James Brown Scott recibió en 1927 el diploma de miembro honorario de la Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas de la Universidad de Chile, recordó que la moderna escuela europea del Derecho Internacional había nacido en Salamanca en 1532 gracias a fray Francisco de Vitoria, y que cabalmente tres siglos más tarde Bello había publicado en Santiago "el primer tratado sistemático y completo relativo a la ley de las naciones que vio la luz en el Nuevo Mundo". El Derecho Internacional americano lo tenía, pues, a éste por padre e iniciador.

La ley nueva

A LA PAR que maestro y tratadista, Bello es también legislador. Su influencia es grande al respecto, no sólo porque desde las columnas de *El Araucano* señala con frecuencia los vacíos y defectos de las leyes vigentes y aboga por la dictación de otras nuevas, sino porque interviene directamente en la redacción de varias de reconocida importancia. Entre 1834 y 1858 colabora en el texto de las leyes sobre propiedad literaria, sucesiones de extranjeros, matrimonio de disidentes, propiedad y destino de terrenos abandonados, prelación de créditos y exvinculación de mayorazgos.

Pero su obra cumbre es el Código Civil en el que comienza a trabajar poco después de acercarse en Chile. El primer indicio oficial de esta tarea se encuentra en el mensaje que con la firma del Ministro Portales se envía al Senado en 1831 anunciando el propósito del Gobierno de abandonar el antiguo sistema de las Recopilaciones e ir a la codificación, la que ha de encomendarse a una sola persona para asegurar la unidad.

En la improba labor, que lleva varios años, Bello pone en juego todas las dotes de su inteligencia ordenada: su portentosa capacidad de síntesis, su dominio del lenguaje castellano. Apunta aquí el espíritu clásico, su amor al derecho romano, su veneración a las formas españolas de su recepción, su aptitud para ponerse al día en el estilo moderno de las codificaciones. Si en la laboriosa empresa tiene a la vista el célebre Código de Napoleón y en menor escala los de Luisiana, Prusia y Cerdeña; si no le fueron desconocidos los tratadistas franceses Delvincourt, Rogron y Pothier; preciso es advertir que recaba también una contribución preciosa de los cuerpos de leyes españoles que por espacio de siglos habían regido en América. El código de Las Partidas, que lee a diario durante años y que llega a calificar como "el mejor digestivo que he encontrado hasta la fecha"; el Fuero Real, Las Leyes de Toro, la Novísima Recopilación, en fin, el proyecto de Código Civil hispano que publicó en 1851 Florencio García Goyena, son guías y fuentes certeras de su magna obra.

En 1838 Bello había echado las bases del Derecho Internacional americano. En 1855, al promulgarse su Código Civil, marcó una dirección para el derecho privado de todo el continente. Las repúblicas de Colombia y del Ecuador adoptaron el cuerpo de leyes chileno como propio y en México, el Uruguay, Nicaragua y la República Argentina, se le tuvo a la vista como modelo importantísimo en la elaboración de sus propios códigos. Sin duda una parte no escasa del éxito alcanzado por Bello con su obra, se debió a que no constituyó un salto violento de un sistema jurídico a otro por

entero diverso, sino una sagaz adaptación a los nuevos tiempos de normas seculares que los pueblos hispanoamericanos llevaban en su acervo cultural desde su gestación y que ahora se veían enriquecidas conforme a los requerimientos de la época.

Progreso y fidelidad

EN SUS FUNDAMENTALES actitudes y obras Bello se muestra como un espíritu ecléctico, abierto a todos los valores pero no por ello menos convencido de que la herencia representa un aporte nada desdeñable. De ahí que no reniegue, como muchos, de todo el pasado, ni acoja tampoco a ciegas todo lo nuevo por serlo. Sabe que cada pueblo tiene un alma propia y que las vehementes transfusiones foráneas pueden llegar a serle mortíferas. Comprende que hay que hurgar en la entraña nacional para descubrir su esencia, la veta de lo auténtico, la raíz de la propia e irrenunciable vocación. El, venezolano de nacimiento y tangencial cultor de la historiografía, es el incitador más ferviente de los trabajos de esta índole, convencido de que así el pueblo chileno conocerá su verdadera imagen. Por eso también pone en guardia frente a la adoración de las obras europeas que pueden desviar de la verídica prosapia cultural. Un libro francés da, como es lógico, su mayor acento a la historia de Francia; habla mucho menos de España, "cuya historia —dice— es casi en su totalidad la nuestra"; "la América española apenas se columbra de paso, a lo lejos, y quizás no ocurra una sola vez el nombre de Chile... La historia de Chile —concluye— es para nosotros demasiado importante para no merecer un curso especial..."

La creencia de que Chile tiene una misión propia que cumplir es cosa que le preocupa en sus escritos: "La nación chilena no es la humanidad en abstracto; es la humanidad bajo ciertas formas especiales... El hombre chileno que sirve de asunto a nuestra historia y nuestra filosofía, tiene su

espíritu propio, sus facciones propias, sus institutos peculiares”.

Bello ama así la tradición, no como la idolatría de lo yerto y petrificado, sino como la herencia de eterna virtualidad, patrimonio irrenunciable de un pueblo y vocación de su vida. Por eso, frente a los encandilados por las formas e ideas foráneas que copian y repiten servilmente, y a los agobiados por el complejo de inferioridad de haber nacido chilenos, Bello les lanza este llamado de inalterable vigencia:

“Jóvenes chilenos, aprended a juzgar por vosotros mismos; aspirad a la independencia del pensamiento. Esa es la primera filosofía que debemos aprender de Europa”.

Don Alonso de Ercilla, caballero del amor y del desengaño

EN UNO de tantos días manchegos, poco importa si en Esquivias, Quintanar o Argamasilla de Alba, puesto el buen hidalgo don Alonso Quijano a resolver infolios tras la veta de grandes aventuras, dio con el libro de otro Alonso, muy andariego capitán e inspirado poeta. De la impresión que tal lectura hiciera en su excitado seso, no queda especial rastro. Sólo hay noticias de que, resueltos el cura y el barbero del villorrio a practicar un acto de fe con las obras responsables de su desvío mental, libraron de la peor sanción a "La Araucana" de don Alonso de Ercilla.

Mucho pudo la grandeza del verso heroico para arrancar al poeta soldado del brazo secular del ama y eximirle de la afrentosa pena de la hoguera en el corral, junto a Olivante de Laura, Bernardo del Carpio y Palmerín de Oliva. Pero más aun pudo, de seguro, la admiración que su vida había despertado en Miguel de Cervantes, sin relieve todavía en el mundo de las letras cuando militó junto a Ercilla en la jornada de Portugal. La hermandad de estas dos almas en el ideal y en la desilusión, hizo posible que el autor del Quijote trasladase a la mente de su héroe la increíble crónica de la guerra de Arauco, dejando en la zona de su escasa razón el recuento de las hazañas que abrieron paso a Chile en la historia del mundo. Por expresa voluntad de Cervantes, Ercilla se constituyó en ingrediente decisivo de la personalidad del Quijote, y la experiencia caballeresca en el distante Chile, amasada en sangre y realidad españolas, resultó así un acicate para el hidalgo manchego.

) 68 (

ERA DON ALONSO de 21 años de edad cuando servía en Londres en la corte del príncipe don Felipe, a la sazón casado con la reina de Inglaterra. Blanco y fino de rostro, el cabello ondulado, los ojos soñadores, la cabeza poblada de lecturas dispares —novelas de caballerías, poemas italianos—, el corazón, en fin, ardiente de deseos, estaba destinado a sucumbir en la primera emboscada del amor. Y así, cuando éste vino a herirle, le pilló de sorpresa y desarmado.

¿Quién fue la responsable de este infanticidio? Lo ha olvidado el tiempo prudente. Pero de este combate en que murió un niño y nació un hombre, quedó como trofeo un poema de desgarró y de tristeza:

*Amor me ha reducido a tanto estrecho
y puesto en tal extremo un desengaño,
que ya no puede el bien hacer provecho,
ni el mal, aunque se esfuerce, mayor daño.*

Mozo cargado de emotividad, fundido en la hoguera de la pasión, ya todo parece cerrarse ante sus ojos:

*He sido tan aprisa desdichado
y está todo mi daño tan a punto,
que sólo el primer paso ha llegado
al último dolor y postrer punto:
a fortuna y amor se han conjurado
e hacerme todo el mal que puedan junto,
para poder medir por mi tormento
el término que tiene el sufrimiento.*

) 69 (

El vivir cotidiano se torna así insoportable. Sólo una fuga del ambiente podría curarla del mal y aturdirle la memoria. El destino compasivo le da al fin la coyuntura. Hasta Londres llega la nueva del alzamiento araucano que empujó a la muerte al valeroso caudillo Pedro de Valdivia. Es la primera hoja de un nuevo libro de caballería la que se le presenta blanca y tentadora al joven paje, para que la llene con la renta de su espada. El paso resulta difícil y grave, porque la gloria no se conquista sin un fuerte vencimiento. Pero, hombre de pasión, no piensa más y se resuelve de inmediato. Queden para otros las sedas y terciopelos, que él prefiere, en cambio, el hierro tosco y varonil. Y así, dejando atrás la corte con su refinamiento, su halago y su amor artero, se mete resuelto al laberinto de un mundo extraño, salvaje y batallador.

3

*VENUS y Amón aquí no alcanzan parte
sólo domina el iracundo Marte,*

se dice a manera de consuelo y como quien está libre de nuevas acechanzas. Porque entre esas dos formas de luchar que son el amor y la guerra, él ha escogido la última, por más franca y segura. Al fin la guerra tiene sus cánones, sus principios y él, sabiéndose hijo de un preclaro jurista, los traerá a la memoria como si fuera un doctor de Salamanca.

Según estas normas doctrinales, la guerra es una consecuencia del pecado original, un instrumento de que a veces se vale Dios para castigar la soberbia y la ambición humanas. El empleo legítimo de la fuerza entre las naciones se funda en el derecho de gentes porque permite sustentar la sociedad amenazada y mantener las leyes políticas. La guerra viene así a restaurar el orden alterado y a asegurar, en suma, la paz sobre una base estable.

) 70 (

*Pero será la guerra injusta luego
que del fin de la paz se desviare,
o cuando por venganza, o furor ciego,
o fin particular se comenzare;
pues ha de ser, si es público el sosiego,
pública la razón que le turbare:
no puede un miembro solo en ningún modo
romper la paz y unión del cuerpo todo.*

Por eso toca al poder público, al rey, examinar la causa de la guerra y luego de pesadas seriamente las circunstancias, ordenar a los súbditos que la hagan. Y, por su parte,

*... obligación no tiene
de inquirir el soldado diligente
si es lícita la guerra y si conviene,
o si se mueve injusta o justamente.*

Esta disquisición teórica, por firme que sea, no alcanza a tranquilizar la conciencia cristiana de un caballero español. Fácil sería callar y obedecer cuando no se tiene un alma rebelde. Pero cuando se viene de un pueblo que siente la justicia como un imperativo vital, ya es cosa diferente. Don Alonso ha oído hablar de Francisco de Vitoria y de Bartolomé de Las Casas, y ha escuchado en Chile, más de una vez, la encendida palabra de Gil González de San Nicolás, discípulo del último. Sabe por estos doctos varones que la guerra, lícita y necesaria en muchos casos para defender el derecho y afianzar la paz amenazada, es abominable e injusta en otros, cuando se hace por mera codicia y con inusitada crueldad. Esos hombres de su misma raza y de su misma fe, creen como él en valores objetivos, en un padrón invariable de principios al que han de ajustarse los actores de la vida. No le vengan a don Alonso, ni a ellos, con el cálculo y la conveniencia, con la transacción y el oportunismo. A extender el reino de Dios han venido los españoles a las Indias, que todo lo demás, por

) 71 (

legítimo que sea, les es dado por mera añadidura. De suerte que si en buscar esta última se arriesga lo primero, se desquicia el orden y se cae en la injusticia.

¡Cuán increíblemente dramática y compleja le va resultando esta guerra a don Alonso! Sabe que su tarea es dar respaldo a la pacífica predicación del Evangelio y sólo desenvainar la espada cuando se impida por la fuerza el libre curso de la Divina Palabra. Sabe que es lícito buscar con los naturales el intercambio de bienes y procurar llevarlos por medio de la persuasión a aceptar por monarca a Carlos V. Pero también sabe que los mejores propósitos se tuercen en las manos de los hombres y que la guerra, que sólo ha de llevarse para restaurar la paz en el orden, se ha dirigido a menudo a pisotear legítimos derechos.

Hay valores que por ser inherentes a la naturaleza humana son intangibles. La honra, la vida, la patria, la familia, la propiedad, son bienes que merecen todos los hombres, paganos o cristianos, salvajes o civilizados. El que defiende alguno de ellos, salva de la muerte su propia esencia. El que los hiere, atenta contra la sustancia del hombre, que sale de la mano de Dios.

¿No ha dicho el embajador Millalauco que los araucanos se hallarian dispuestos a reconocer el dominio imperial por un pacto libre y voluntario, mas no por coacción? Pues, si esto es así, faltaría motivo suficiente para entrar con violencia en el Estado de Arauco, y producido el injustificado ataque a la tierra indígena, sus hijos ejercerían un noble y legítimo derecho al resistirlo hasta la muerte.

*¡Oh, cuánta fuerza tiene! ¡oh cuánto incita
el amor de la patria, pues hallamos
que en razón nos obliga y necesita
a que todo por él lo pospongamos!,*

exclama el poeta. Y añade, en seguida, que por esta defensa

del suelo natal muchos se hicieron famosos en la antigüedad y ahora, en grado no menor,

*esta araucana gente, que con tanta
muestra de su valor y ánimo ofrece
por la patria al cuchillo la garganta.*

Para un caballero andante, enamorado de la belleza, del bien y la justicia, se torna inevitable la complicidad con un adversario que defiende valerosamente sus derechos. El generoso impulso, alimentado por la lectura de los Palmerines y Amadises, le lleva a sublimar el cuadro y ver una grey mansa y sólo inficionada del mal por el contacto europeo, donde otros han encontrado un pueblo reacio al cristianismo e impermeable a los llamados de la cultura. Adelantándose en siglos a Juan Jacobo Rousseau, don Alonso, en brazos del estro poético, canta al salvaje inocente, corrompido por la civilización:

*La sincera bondad y la caricia
de la sencilla gente de estas tierras
daban bien a entender que la cudicia
aún no había penetrado aquellas sierras;
ni la maldad, el robo y la injusticia
(alimento ordinario de las guerras)
entrada en esta parte habían hallado
ni la ley natural inficionado.
Pero luego nosotros, desoyendo
todo lo que tocamos de pasada,
con la usada insolencia el paso abriendo
les dimos lugar ancho y ancha entrada;
y la antigua costumbre corrompiendo,
de los nuevos insultos estragada,
plantó aquí la cudicia su estandarte
con más seguridad que en otra parte.*

El mundo —piensa el apuesto caballero— es un teatro simbólico, que esconde bajo el disfraz de los actores la verdadera realidad. Hay que librarse de las engañosas apariencias. Hay que arrancar las máscaras para descubrir el secreto de las cosas. Quitado el valor exterior, resulta que siempre el hombre es el mismo, aunque sea distinto el color de la piel que lo envuelva y diversa la plataforma social y económica en que se apoya. El accidente cambia, pero la sustancia permanece. Y así, en la hondura del alma de cualquier hombre está asilado el honor, que es el signo imborrable de la filiación divina de la especie.

Cuando en tropel avanzan los araucanos aullando y semidesnudos, don Alonso se niega a mirar en ellos seres de condición inferior. Allí ve siempre hombres y sólo hombres, criaturas nacidas como él de la mano de Dios y sus iguales, en suma, con quienes puede medirse en campo abierto sin mengua alguna de su dignidad.

Del conjunto emergen, con rasgos que la imaginación pide a la caballería, los grandes arquetipos: Lautaro, recortado en la silueta de un hidalgo de Castilla guardador de la honra lugareña, incita a su pueblo a romper el opresivo vasallaje, con trozos que pudieran estar en boca de un habitante del municipio de Fuente Ovejuna:

*La fuerza pierden hoy, jamás violada,
vuestras leyes, los fueros y derechos;
de señores, de libres, de temidos,
quedáis siervos, sujetos y abatidos.*

Caupolicán, elevado de cacique de Pilmaiquén a toqui, por la vara mágica del poeta, aparece, con piadoso olvido de sus fanfarronadas y borracheras, como

*... noble mozo de alto hecho,
varón de autoridad, grave y sereno,
amigo de guardar todo derecho,
áspero, riguroso, justiciero.*

Y en el fortín de Penco, a la manera de una nueva Numancia, Mallén, el último sobreviviente de la refriega heroica, desoye las sollicitaciones del miedo y se precipita al sacrificio, salvando así su honra con la muerte.

Esta inmolación constituye para el vate español un verdadero triunfo, por el propio vencimiento que ella entraña. Y aunque no llegue a tal extremo, la derrota del que ha dado testimonio heroico de su causa, le resulta, por su gran contenido espiritual, aun más digna de admiración que la victoria,

*pues no es el vencedor más estimado
de aquello en que el vencido es reputado.*

Por otra parte él considera que el capitán que atrapa la fortuna, alza aun más su gloria dominando sus deseos de venganza, levantando del suelo al adversario y cubriéndolo con el piadoso y noble manto de la misericordia. Pues

*no consiste en vencer sólo la gloria
ni está allí la grandeza y excelencia,
sino en saber usar de la victoria,
instruyéndola más con la clemencia:
el vencedor es digno de memoria
que en la ira se hace resistencia,
y es mayor la victoria del clemente,
pues los ánimos vence justamente.*

Cuánto no hizo don Alonso por salvar la vida del bravo Galvarino y qué no hubiera dado por impedir el suplicio de Caupolicán, el héroe que fraguó su ensueño de caballero:

*que si yo a la sazón allí estuviera
la cruda ejecución se suspendiera.*

Pero nada habría sacado, de seguro, porque la guerra sin cuartel seguía su carrera devoradora, haciendo así imposible la convivencia humana, el abrazo pacífico y el amable

entendimiento entre los dos bandos. La guerra se había salido de sus cauces legítimos hasta ahogar el supremo ideal de evangelización que le estaba encomendado proteger:

*La mucha sangre derramada ha sido
(si mi juicio y parecer no yerra)
la que de todo en todo ha destruido
el esperado fruto desta tierra;
pues con modo inhumano han excedido
de las leyes y términos de guerra,
haciendo en las entradas y conquistas
crueldades inormes nunca vistas.*

No objeta don Alonso la encarnizada pasión dentro del combate; lo que mira con horror es la represalia con el vencido, el ensañarse frente al brazo impotente:

*el correr del cuchillo riguroso
mientras dura la furia es disculpable;
mas pasado, después, a sangre fría,
es venganza, crueldad y tiranía.*

Al fin nada es más opuesto a la idiosincrasia de un caballero cristiano que la persecución cobarde del caído. Porque la caballería es una forma de religiosidad encaminada al bien y a la justicia, a la defensa del débil y al castigo del arbitrario y despótico. Y aquí, frente al vencido, ¿qué puede hacer la espada sino envainarse con respeto, dejando a la misericordia que complete su tarea? ¿No está llamada ésta a consumir la última victoria, que es la conquista del corazón del adversario?

*La clemencia a los mismos enemigos
aplaca el odio y ánimo indignado,
engendra devoción, produce amigos
y trae el amor del pueblo aficionado.*

Y es que la clemencia no es una mera actitud humana derivada del cálculo o de los buenos modales, sino una virtud capital de la vida cristiana. El perdón al enemigo está en la entraña misma de la Nueva Ley, que no es ley de perdición sino de amor.

¿De amor? ¿Quién ha pronunciado la terrible palabra aquí en el campo de batalla de Penco, entre insepultos cadáveres? ¿Quién ha roto el silencio venerable con voces y llantos doloridos? Una mujer, Tegualda, que busca entre los desamparados restos humanos el objeto de su vida:

*¡Ay de mí! que es imposible
tener jamás descanso hasta la muerte,
que es sin remedio mi pasión terrible,
y más que todo sufrimiento fuerte...*

*Ayer me vi contenta con mi suerte,
sin temor de contraste ni recelo;
hoy la sangrienta y rigurosa muerte
todo lo ha derribado por el suelo...*

Por huir del amor don Alonso se ha metido en la guerra y he ahí que el amor le sigue los pasos y le ataca sin aviso después de la batalla.

*Venus y Amón aquí no alcanzan parte
sólo domina el iracundo Marte,*

se había dicho confiado al comienzo de su aventura caballeresca por el final del mundo. Pero aquí está Venus disputándole la presa a Marte; aquí el amor que no se resigna al silencio y exige ser cantado:

*¿Tanto, traidor, te va en que yo no siga
el duro estilo del sangriento Marte,
que así de tal manera me fatiga
tu importuna memoria en cada parte?*

*Déjame ya, no quieras que se diga
que porque nadie quiere celebrarte,
al último rincón vas a buscarme,
y allí pones tu fuerza en aquejarme.*

Don Alonso se niega a saber más de ese amor que desveló en vano la primera hora de su juventud. No desea servir de presa al inestable sentimiento. La experiencia de la guerra le ha mostrado una forma más alta que la emotividad egoísta y sin ventura de su iniciación de hombre. Es la clemencia, la misericordia, que da y no pide; que no busca de llenarse, sino de abrirse hasta la completa entrega. Esta es la gran conquista, la suprema lección que le ha brindado el ejercicio de la caballería por la agitada tierra de Arauco. Porque caminando por una línea ética inquebrantable y buscando sólo las esencias de las cosas, ha dado al fin con el amor al enemigo, que es una de las buenas puertas para llegar a Dios.

4

EL CABALLERO ha regresado de su heroica andanza. De nuevo está en la corte, que es como decir, de nuevo en un mundo de sutiles emboscadas. La guerra, que por un tiempo había domado sus sentidos y puesto al animal en duro cerco, ha quedado atrás, y ahora don Alonso está otra vez solo y con su misera contextura humana al descubierto. El instinto comprimido se revela y exige la revancha; y la voluntad, débil e inestable, al fin sucumbe. Así se traba un lazo de pecado que amordaza el espíritu y entrega el albedrío al capricho de la carne.

Pero esto no puede durar por mucho tiempo. Un día la Razón le habla con voz serena y firme, y le previene del peligro que hay en que se fie "de los ojos fáciles". Si no rompe luego la mordaza sensual, en el futuro ya no habrá salida,

*que aunque quiera después contraponerme,
tu cerrarás los ojos por no verme.*

Ante esta severa sentencia recapacita de inmediato don Alonso y detiene el mal paso. Una nueva y dulce esperanza comienza, por otra parte, a invadirle. Porque la Razón, generosa, no se ha limitado a darle una admonición moralizadora, sino que le ha mostrado un camino despejado y bello, una solución que ordena los sentidos y salva su condición de hombre:

*... luego que los pies puse en el suelo,
los codiciosos ojos ya cebando,
libres del torpe y del grosero velo
que la vista hasta allí me iba ocupando,
un amoroso fuego y blando hielo
se me fue por las venas regalando,
y el brio rebelde y pecho endurecido
quedó al amor sujeto y sometido.*

Frente a él está la mujer digna y noble que la Providencia le ha proporcionado para enderezamiento de su vida y reparo de sus extravíos:

*Era de tierna edad pero mostraba
en su sosiego discreción madura,
que a mirarme parece la inclinaba
su estrella, su destino y mi ventura.*

En doña María de Bazán encontrará don Alonso, para su amor andariego y desasosegado, el puerto seguro. Amor de la mayor edad, sereno y razonable, tan distante de la disparada pasión del mozalbete, como de la irrefrenable rebeldía de los sentidos. Amor que no entorpece el vivir ni compromete el espíritu, sino que conduce, por maneras pacíficas y sin agitaciones, a una suave y feliz quietud del alma.

EL HIDALGO ha triunfado al fin sobre el mundo en la batalla de la carne, pero el mundo no se resigna a soltarle el campo tan fácilmente al hidalgo. Metido como está él en la vida cortesana, las celadas que le aguardan no son pocas. El contacto con los grandes es un acicate para la envidia; el servicio de los reyes, una ocasión de adulo. Y en todo el trayecto, la vanagloria sopla infatigable. ¡Cuán diferente resulta este camino ancho y muelle, del otro difícil y luchado de la guerra de Arauco! La indole despejada y soñadora del caballero andante va en riesgo de morir entre reticencias y cálculos. Porque ahora no transita por sendas francas y esforzadas, donde hay que exponer la vida, sino por suaves y silenciosas alfombras donde se arriesga el alma.

De la mano de la vanidad circula don Alonso por tierras de Italia y de Alemania. Oye en Roma al Papa elogios de su padre, el jurisconsulto formado en las aulas de Bolonia; respira a pleno pulmón los aires del humanismos, el culto de la belleza y la astucia política, en Florencia y en Venecia; asiste en Praga a la coronación de Rodolfo, que antes le había apadrinado en sus bodas, y en Ratisbona a la Dieta que le proclama heredero del imperio. Y así, con los ojos arrobados de espléndidas imágenes, regresa junto a su señor natural, Felipe rey de las Españas y las Indias.

No es un remanso la corte del católico y poderoso monarca. Antonio Pérez, el Secretario pérfido, y la arremetidora y bravia Princesa de Eboli, mueven los más poderosos hilos. Por sobre ellos actúa el Rey Prudente, elevado en sus miras reflexivo y cuidadoso en sus actitudes, aunque no libre de caer envuelto, por irresolución o exceso de confianza, en las finas redes de la intriga.

En este tinglado inestable hay que actuar con muchísima cautela. Don Alonso está sobre aviso y piensa que, si gran cosa

es no mancharse en las turbias ocasiones, mejor es sin duda soslayarlas a tiempo:

*Dichoso con razón puede llamarse
aquel que en los peligros arrojado
dellos sabe salir sin ensuciarse
y libre de poder ser imputado;
pero quien éstos puede desviarse
le tengo por más bienaventurado:
aunque el peligro afina lo perfecto,
aquel que dél aparta es el discreto.*

Se ha colado resuelto el político renacentista por entre la cota de malla del caballero medieval. Mucho ojo, mucho oído, mucha atención para captar a tiempo los rasgos que descubren a los hombres. Hay que dejarlos hablar, para arrancarles a tiempo el secreto,

*que siempre por señales y razones
se suelen descubrir las intenciones.*

En este mundo de sospechas toca vivir alerta y escudriñar sin descanso. Los adversarios procurarán disfrazar su intento, distraer la atención con mentida afabilidad. Pero no hay que soltarlos un minuto y seguirlos, en cambio, con constancia y disimulo, porque

*Cuando piensan que más os desatinan
con su máscara falsa y trato extraño,
os despiertan, avisan, encaminan,
y descubriendo, descubren el engaño;
veis el blanco y el fin a donde atinan,
el pro y el contra, el interés y el daño;
no hay plática tan doble y cautelosa
que della no se infiera alguna cosa.*

Así la palabra acabará por vender a los tejedores de
intrigas, por denunciar sus recónditas intenciones,

*que las lenguas al fin hacen su oficio
y más si el que oye sabe ser discreto.*

Y en esto de tomar precauciones todo es poco, pues algunos
creen que porque el adversario está en derrota, ya puede
vivirse en paz y confianza. Pero, desengañese a tiempo el que
así piense, pues no hay enemigo chico que no sea capaz de
encender una chispa

*... con que después nos abrasemos:
y entonces es cordura recelarse
cuando en mayor felicidad nos vemos,
pues los que gozan próspera bonanza
están aún más sujetos a mudanza.*

Si hay que montar guardia frente al contrario vencido,
también enseña la vida que hay que cuidarse hasta del aliado y
confidente, pues nadie se encuentra libre del artero golpe de la
deslealtad. Esto ya es cosa grave y dolorosa, puesto que
desconfiar del adversario parece natural, mientras que poner
en duda la palabra del amigo, es algo que mata toda
esperanza. Y, sin embargo, ahí está la experiencia con la lista
de traidores en la mano. ¿Cómo descubrirlos a tiempo? Hasta
el más sabio y prudente puede caer en la celada, pues

*no hay contra el desleal seguro puerto
ni enemigo mayor que el encubierto.*

Sobre este mar ondulante, preñado de sorpresas, navega a
la deriva el barco de don Alonso. El cominillo de la ambición
no le abandona; antes bien, sigue empujándole a metas que no
se vislumbran. Pero el horizonte apenas se entreabre una que
otra vez para dejar una luz de esperanza. El renombre y el

poder tan buscados, van quedando para otros. A él sólo toca,
al fin, como recompensa de fatigas y de súplicas, el manto de
la Orden de Santiago. Honrosa insignia, sin duda, que más
que de juegos y manipulaciones de palacio, le habla de la viril
misión de la caballería. ¿Acaso se trata de desandar los cami-
nos y de volver al oficio de los años mozos? Después de todo,
ese tiempo de batalla ardorosa y de constante sacrificio fue
un momento de maduración, una cita fecunda con su hom-
bre interior. ¿No habrá llegado la hora de arrojar en defini-
tiva la máscara artificiosa del cortesano para vestir de nue-
vo el yelmo y sacar la espada por el bien y la justicia?

Pero hay algo más. En el manto de nieve de la Orden de
Santiago florece una rosa de sangre. Allí campea una cruz roja
y penetrante como el acero fino de una espada. Espada, cruz,
sangre. Lucha, renunciación, muerte. He aquí el grave sentido
de este don que vino paradójicamente a sus manos sedientas de
gloria y poderío.

Como un peregrino de la edad heroica, marcha don Alonso
al Monasterio de Uclés, a recoger su espíritu ante Dios, por
varios meses, antes de recibir el espaldarazo de caballero
santiaguista.

Allí deambula silencioso por los claustros, alimentando su
alma con la meditación, y acude a la iglesia para orar de
hinojos, doblando la orgullosa cabeza ante el Padre invisible.
En el templo su vista se ha posado sobre un sepulcro hidalgo
que le endereza a serias reflexiones.

*Aquí yace muerto el hombre
que vivo queda su nombre,*

reza la lápida que cubre los despojos del caballero poeta Jorge
Manrique. Es un osario de ilusiones y de desalientos; un canto
a la brevedad del vivir y al término de las vanidades:

*Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos
y corremos;*

*que en este mundo traidor
aún primero que muramos
las perdemos...*

Tal es la lección de Jorge, la grave experiencia del desengaño cortesano, el deshojarse de las esperanzas fútiles, el próximo y fatal emparejamiento de todas las vidas.

Vuelve al fin don Alonso a la corte, pero el mensaje de Jorge Manrique ya no se le desaloja del pecho. Podrá cumplir menudos quehaceres diplomáticos y hasta practicará una nueva y breve salida de caballero andante, luchando en el mar por la conquista de las Azores. Mas, el mundo ya se le presenta a la vista con otros rasgos. Las esperanzas banales que alimentara la vispera, se le han ido disolviendo sin remedio. El rey desatiende sus instancias y pasa indiferente ante sus méritos. Un día el hidalgo, en un impulso, se atreve a abordar a don Felipe. Pero las palabras se le atropellan en la garganta y sólo brotan de sus labios inarticulados sonidos. No se conmueve, sin embargo, el monarca. Le mira con calma y sin alterarse le dice: "Don Alonso, habládme por escrito".

¡Venirle a él con un expediente burocrático, cuando sólo buscaba justicia y un adarme de humanidad!

Hay que dar por definitivamente pasadas las horas venturosas, que ya por delante sólo se advierte un largo trazo gris.

*El tiempo alegre pasa en un momento
y el triste hasta la muerte siempre dura,*

se dice el caballero poeta. Y acaso trayendo a la memoria aquello de Jorge Manrique, de que

*Si juzgamos sabiamente
daremos lo no venido
por pasado,*

acaba por creer, al borde de su definitivo fracaso, que

*el más seguro bien de la Fortuna
es no haberla tenido vez alguna.*

En la tarde de la vida, sin ánimo de nuevas luchas, se sienta a rememorar el tiempo ido y a escuchar la palabra interior. Recuerda cómo su pie andariego y romántico midió de norte a sur el planeta, llevando el mensaje de un pueblo que aspiró a unificar el mundo bajo un solo cetro cristiano. Entonces los obstáculos tremendos de la geografía y del hombre se fueron derrumbando por el arte milagroso del valor y de la fe. Esa era la época en que aún primaban los cánones de la caballería, en que era grato lidiar en campo abierto con el adversario franco y, luego de vencido, perdonarle la vida. Pero ahora, ¿qué quedaba, aparte de la intriga sutil y el cálculo egoísta? Frente a ellos las armas del caballero se tornaban impotentes.

Botado en tierra como el casco de un barco inservible, nada tiene que esperar de los grandes. ¿Qué importa, después de todo, que le colmen de gracias, igualándole así con los que las logran por adulo o soborno, cuando, al fin de cuentas,

*las honras consisten, no en tenerlas,
sino en sólo arribar a merecerlas?*

En fuerza de vivir, la experiencia le ha ido construyendo dentro del alma un nuevo ser. Un ser que no se gasta y pierde, sino que se enriquece y acrecienta porque, desprendido de las solicitudes de un mundo limitado y transitorio, se alimenta sólo en los caminos trascendentes. En esta hora de la reflexión, en que las escamas del hombre viejo han ido cayendo, sin pena ni gloria, para descubrir la lozania del hombre nuevo, se le presentan como fantasmas su amor a la ilusión en la adolescencia, su amor a la carne en la juventud, su amor a la vanidad en los años maduros. Todo se ha marchitado y disuelto sin remedio. Pero siempre perdura, escuchada o desoída, la voz de la razón y la conciencia. Ella supo revelarle un día la grandeza del amor al enemigo, y otro, el suave amor marital, y hoy le ha empujado desnudo hasta el amor a Dios:

*... Yo que tan sin rienda al mundo he dado
el tiempo de mi vida más florido,
y siempre que camino despeñado
mis vanas esperanzas he seguido,
visto ya el poco fruto que he sacado,
y lo mucho que a Dios tengo ofendido,
conociendo mi error, de aquí adelante
será mejor que llore y que no cante.*

Llora, si, don Alonso, sobre los despojos de su antigua figura; pero a la vez canta el himno de su liberación interior. Y así, sobre el desaliento en una gloria y la esperanza en otra gloria, se cerró la existencia de don Alonso de Ercilla, caballero del feliz desengaño y del mejor amor.

Parábola de Don Quijote

A LIMPIAR la tierra de aquellas asperezas y abrojos que le nacieron como fruto inevitable de la primera caída, salió por los confines del mundo el señor Don Quijote. Sobre la limpia imagen del Paraíso ha caído una sombra espesa, un sudario de culpable silencio que la oculta para siempre de la visión de todos los ojos. Y Don Quijote quiere espantar esas nubes, rasgar ese velo y devolver al mundo angustiado la pristina alegría. Sobre su alma abierta pesa el dolor de muchos mortales. Siente el de la viuda solitaria, el del huérfano indigente, el de la doncella forzada. Siente que sobre su carne magra se retuerce estrangulante la cadena de muchas opresiones, de muchas injusticias. Y el gemido de los débiles le taladra sin descanso el oído y le estruja el corazón.

¡Oh, qué nostalgia, qué tremenda nostalgia la del Paraíso perdido! “Dichosa edad y siglos dichosos aquellos —se dice el caballero— a quien los antiguos pusieron nombre de dorados y no porque en ellos el oro, que en esta nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquélla venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío.

“... Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia... No había la fraude, el engaño, ni la malicia mezclándose con la verdad y la llaneza. La justicia se estaba en sus propios términos, sin que la osasen turbar ni ofender los del favor y los del interés, que tanto ahora la manoseaban, turban y persiguen...”

¡Y, en cambio, en los días que corren...!

Pero Don Quijote no ha venido al mundo para mesarse el cabello en la desesperación, ni encogerse de hombros ante la desgracia. El señor hidalgo no es un pesimista. Pero ¡cuidado! que tampoco es un optimista. A tiempo dejó él los terminachos de marras para los emancipados de la eternidad, para los que en cuatro patas balan ante la diosa razón, o de un par de zancadas se meten a la mutualista sociedad protectora de animales. Tiene muy abiertos los ojos hacia el más allá; se siente libre colaborador de un inmenso plan de restauración universal preestablecido por la Suprema Inteligencia, para que le vengán con pesimismos que siegan de inmediato todo vuelo, ni tampoco con optimismos que intentan construir sobre el solo yo toda la posibilidad del triunfo. Caballero

cristiano, al fin, sabe que por sobre estos resecos ademanes positivistas está la vivificante virtud de la esperanza. Ella es la que le hace sobrellevar con igual serenidad, con igual temple y resolución, el momento feliz que el instante desgraciado. Ella la que le enseña que ni hay azar ni hecho sin sentido; la que le muestra las cosas, no en su superficie sino en su hondura, no en su apariencia sino en su contenido vital. Tiene Don Quijote el ojo avisado del profeta que descifra el enigma, que posee el secreto interior, el nombre verdadero de todas las criaturas. Los molinos son gigantes; las ventas, castillos; las bacías, yelmos; las aldeanas, princesas; las prostitutas, doncellas; el piño de carneros, reluciente escuadrón de caballería. Porque las cosas del mundo —ya lo había dicho San Pablo— semejan visiones de un espejo, son apenas simples imágenes, y la revelación de la verdad que la enigmática parábola de la historia oculta a los ojos mortales, pertenece al último día. Entonces se descorrerá el velo, se proyectará toda la luz, los fantasmas de hoy adquirirán contornos precisos e insospechados, y el paraíso perdido se hallará de nuevo y para siempre.

Mientras, recto y tajante como una espada de arcángel, camina el caballero por el umbroso paisaje. Es el vigilante anunciador de la senda olvidada, el portador de la Palabra única que clama en el desierto. A su lado, con alas de cuervo, revolotean, enfundados en máscaras de curas, bachilleres y barberos, los sabihondos y artísticos, los mercachifles y politicastro. Y le graznan al oído, de trecho en trecho, consejos de prudencia, de transacción, de sensatez. Pero el andante señor sigue impertérrito, clavada la voluntad en su propósito de liberar a las criaturas oprimidas por el encantamiento, de revelar a cada una su nombre oscurecido. Sobre el corro de fantasmas, de rostros falseados, podría él echar la alocución esperanzada de Ezequiel ante los huesos inermes de la llanura: "Yo voy a hacer entrar en vosotros el espíritu y viviréis y pondré sobre vosotros nervios y os cubriré de carne".

Si, es una Humanidad la que quiere definir Don Quijote. Una Humanidad rectificadora, vuelta a su primitivo cauce, aliviada ya de la sombra de la caída que mancha por entero la verdad de su faz. El hombre fue creado a imagen y semejanza de Dios. ¿Pero dónde está hoy esa analogía? ¿Y cómo recobrarla?

Por el seso del caballero galopan las soluciones. El hombre puede redimirse por las letras, le habló una voz dentro de sí. El hombre sólo puede salvarse por las armas, le gritó muy alto otra palabra interior. Las letras. Las armas. ¿Cuál camino escoger para rehabilitar al hombre? Pero un día él lo vio todo claro. Un día comprendió que el fin de las letras es "poner en su punto la justicia distributiva y dar a cada uno lo que es suyo, y entender y hacer que las buenas leyes se guarden. Fin, por cierto, generoso y alto, y digno de grande alabanza —se dijo para sí el pensante hidalgo— pero no de tanta —agregó bien luego— como merece aquel que a las armas atiende, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida".

¡Bienvenida la justicia que nos traen las letras! Si, bienvenida porque es un atributo de Dios. Pero ¿su único, su principal atributo...? La justicia sola, como don exclusivo, abruma implacable las espaldas del hombre caído. La justicia es el brazo de la ley. Y la ley engendra el pecado... La justicia es hija de la letra. Y la letra mata.

En cambio, el ejercicio de las armas nos trae la paz. Porque las grandes batallas no se dan para otro objeto que para restablecer el orden, para colocar las cosas en su verdadera escala jerárquica. Y las cosas se congregan en un todo armónico y coherente, cuando entre ellas existe atracción, simpatía. Por eso sólo el amor puede traer el dulce sosiego, la quietud perfecta. Cuando Pablo de Tarso mandaba a los efesios a los grandes combates del mundo, les hacía calarse el "yelmo de la salud", revestirse de "la coraza de la justicia", abrazar "el escudo de la fe", y coger resueltos "la espada del espíritu, que es la palabra de Dios". ¿Y qué otra palabra

puede ser ésta que Amor, después de la definición que de El nos ha dado San Juan?

Con esta espada del mayor discernimiento, con esta Palabra de vida, es posible redimir al hombre. Si, sólo la tizona del espíritu puede abrirse camino por la maraña de follones y malandrines que han enmalezado el jardín del universo. Sólo el Amor es capaz de evocar la visión del paraíso perdido. Porque sólo a través del Amor el hombre vuelve a recobrar su analogía con Dios.

Erguido como una columna va por la anchurosa meseta el caballero del testimonio y de la soledad. Curas, bachilleres y barberos le musitan al pasar cuerdos recados. Pero él, revestido con las armas de la luz, sigue adelante en su suprema locura, en su indomable esperanza, puestos los ojos allá lejos en esos ciclos nuevos y tierra nueva donde morará la justicia, salvada del peso angustioso de la letra y bajo el signo inescrutable y definitivo del Amor.

Se llamaba Isabel

ES UNA HISTORIA maravillosa que comienza y sigue como un cuento de hadas...

Había una vez una princesa que se llamaba Isabel. Era rubia como los trigales de Castilla y en sus ojos se reflejaba el azul trascendente que amparó las gestas de Ruy Díaz y que ha de bendecir con el tiempo las andanzas de Teresa de Avila y Juan de la Cruz. Madrigal de las Altas Torres fue su cuna. Allí está la piedra bautismal, en la iglesia vetusta, junto a la plaza que hoy llena el corro alegre y bullicioso de muchos, de muchísimos niños y también de niñas que sueñan en ser Isabel. Madrigal de las Altas Torres la acunó y ahora parece cansada de tanta gloria, vieja, con el rostro partido en sus almenas.

Castilla estaba enferma. Jorge Manrique lloraba sobre los despojos de la noble caballería: "cualquiera tiempo pasado fue mejor". Y, sin embargo, la salud se hallaba próxima, envuelta en el velo suave de una mujer. Allí estaba Isabel, con temple de heroína bíblica, como nueva Judit para salvar a su pueblo; como ángel quebrantador de la injusticia; como querubín que aventaja con sus alas poderosas la pestilencia del aire y hace triunfar la pureza y el bien. Y junto a Isabel, Fernando, el caballero que el poeta Manrique buscara en vano, y que ahora con disfraz de mercader, como toca al actor de un cuento maravilloso, viene de Aragón en socorro de su

dama y le ofrece el puño de su espada para confirmarla Reina de Castilla.

Pasa el tiempo. Bajo el cielo y sobre la piedra de la estepa mística galopa la última cruzada hasta detenerse junto a los pies de la Alhambra. La fe y la voluntad estrechan con pasión el muro fuerte. Y al fin la voluntad y la fe quiebran el misterio del palacio encantado y los surtidores alegres hablan de la gloria de Isabel.

De nuevo el agua e Isabel. Pero ya no la suave, dulce y circunscrita del patio de los arrayanes, sino la áspera, arremolinada e inmensa del mar océano. Por sobre la cresta del oleaje ella ha mandado tres palomas mensajeras de su fe. Y así como la fe traslada las montañas y demuele las fortalezas porfiadas, ahora le roba su secreto al abismo. Y así brotan tierras nuevas y habitantes exóticos y catecúmenos innúmeros. La reina tiene más motivos para amar.

Y llega el fin. De marco, el castillo de la Mota de empinada cresta. La reina en un lecho rodeado de sollozos y oraciones. Y de sus labios secos, la exigencia postrera, la súplica entrañable: "Ordeno, pido, imploro piedad para mis nuevos súbditos, los indios".

Arriba en las almenas, salmodian los grajos. Abajo la madre de todo un mundo se desgrana en el amor. Era el corazón de España y se llamaba Isabel.

Son estos ensayos las páginas más íntimas del pensamiento de Jaime Eyzaguirre. Se vuelcan en ellas, lejos del aparato erudito, sus esperanzas, sus frustraciones, anhelos y amores, constituyendo así el íntimo testimonio de una vida noble y ejemplar, dedicada por entero a la búsqueda de la verdad y a la afirmación de nuestras raíces.

